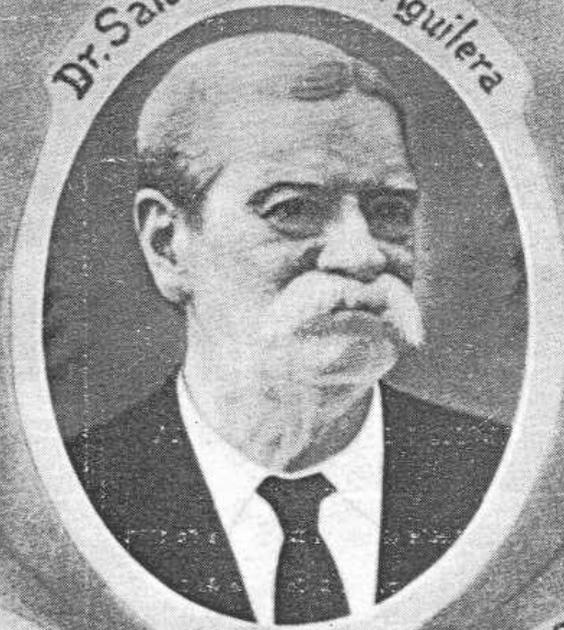


Dr. Salomón Ponce Aguilera



1868-1945

Dn. Darío Herrera



1870-1914

Dn. Guillermo Andreye



1879-1940

(Véase al reverso)

LOTERIA

JUNIO DE 1947 — Nº 73

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

DIRECTOR: JOSE GUILLERMO BATAJIA

EDITOR Jefe: JUAN ANTONIO SUSTO

TRES EXIMIOS LITERATOS ISTMEÑOS

SALOMON PONCE AGUILERA

Nació en Antón el 1o. de Diciembre de 1868.

Murió en Panamá el 5 de Julio de 1945.

GUILLERMO ANDREVE

Nació en Panamá el 8 de Agosto de 1879.

Murió en Los Angeles, Calif. el 1o. de
Octubre de 1940.

DARIO HERRERA

Nació en Panamá el 18 de Julio de 1870.

Murió en Valparaiso (Chile) el 10 de Junio
de 1914.

LOTERIA

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

DIRECTOR: JOSE GUILLERMO BATALLA

REDACTOR JEFE: JUAN ANTONIO SUSTO

SUMARIO

	<u>Páginas.</u>
Portada: Tres eximios literatos istmeños: Salomón Ponce Aguilera (1868-1945); Dario Herrera (1870-1914), y Guillermo Andreve (1879-1940).	
Administración y Junta Directiva de la Lotería Nacional	2
Notas Editoriales:	
Tres literatos insignes, por J. G. B.	3
Un acto de justicia, por J. G. B. y J. A. S.	3
Gaceta de Panamá, de 1822 (fotografía)	4
Decreto número 83 de 30 de Abril de 1947, por el cual se nombra Gerente de la Lotería Nacional a don Pedro Vidal Cedeño	5
Felicitaciones del Cdo. José Isaac Fábrega y de don Ricardo Adolfo de la Guardia al Gerente de la Lotería, señor Cedeño	5
Dr. Salomón Ponce Aguilera, por Ernesto J. Castillero R.	6
De la Gleba (cuento), por Salomón Ponce Aguilera	7
Mariposas Negras (versos), por Salomón Ponce Aguilera	8
Dario Herrera (fragmentos), por Gaspar Octavio Hernández	9
Del Pasado (prosa), por Dario Herrera	11
Aere Perennius (soneto), por Dario Herrera	13
Canción de Ocioño (versos), por Dario Herrera	13
El pino y la palma (versos), por Dario Herrera	13
Post Umbra (versos), por Dario Herrera	14
Guillermo Andreve, por Antonio Iraizoz (cubano)	15
Montañesa (cuento), por Guillermo Andreve	16
.....? (versos), por Guillermo Andreve	18
Notas biográficas de Higinio Durán Martel, por Fray Pedro N. Pérez (chileno)	19
Un Obispo limeño, prócer de Panamá, por Enrique D. Tovar y R. (peruano)	20
El Cabildo eclesiástico más notable de la Gran Colombia, por Eduardo Picón Lares (venezolano)	23
Recuerdos de Inapaquiña, cacique de San Blas, por Enrique Naranjo Martínez (colom- biano)	25
Entrevista con el Director de la Lotería Nacional de San Salvador, por Manuel A. Ru- glianchi B.	28
AVISOS:	
Banco Nacional de Panamá	29
Compañía Panameña de Fuerza y Luz	30
La Estrella de Panamá (Star & Herald)	31
Caja de Seguro Social	32
A los billetteros	
(Tercera página de la cubierta)	
Plan del Sorteo Extraordinario del 7 de Septiembre de 1947	
(Cuarta página de la cubierta)	

ADMINISTRACION
DE LA
LOTERIA NACIONAL DE
BENEFICENCIA

GERENTE:
Pedro Vidal Cedeño

SUBGERENTE:
Rolando de la Guardia

TESORERO:
Carlos M. Arango

JEFE DE CONTABILIDAD:
Heraclio Chandeck

SECRETARIO:
José A. Sierra

JUNTA DIRECTIVA DE
LA LOTERIA NACIONAL
DE BENEFICENCIA

Presidente:

Dr. Santiago E. Barraza
MINISTRO DE TRABAJO, PREVISION SOCIAL Y SALUD PUBLICA.

Vice Presidente:

Beatriz de la G. de Jiménez
PRESIDENTA DE LA CRUZ ROJA NACIONAL.

Secretario:

José Antonio Sierra

DIRECTORES:

Juan Antonio Guizado
COMANDANTE DEL CUERPO DE BOMBEROS

Rev. Padre Mario Morera
DIRECTOR DEL HOSPICIO DE HUERFANOS

Roberto Eisenmann
PRESIDENTE DE LA CAMARA DE COMERCIO, INDUSTRIAS
Y AGRICULTURA

Eduardo de Alba
GERENTE DEL BANCO NACIONAL

Dr. Carlos E. Mendoza
SUPERINTENDENTE DEL HOSPITAL SANTO TOMAS

Notas Editoriales

TRES LITERATOS INSIGNES

En la nómina de las personas que han actuado airoosamente en el campo de la literatura nacional, se destacan los nombres de Darío Herrera, Salomón Ponce Aguilera y Guillermo Andreve, distinguidos compatriotas nuestros con derecho pleno a la admiración general y al reconocimiento patrio.

Darío Herrera, el atildado autor de "Horas lejanas", contribuyó de manera muy apreciable al enriquecimiento de lo que, durante la época en que le tocó actuar, bien podía calificarse de pobre y reducido caudal literario.

Fue Salomón Ponce Aguilera, igualmente, un cultivador de las bellas letras que dió lustre a su patria y a su nombre por medio de prosas y rimas pulcramente elaboradas y de no escaso mérito, publicadas, la mayor parte de ellas, en la Revista Gris, que editaba en Bogotá en asocio del renombrado escritor colombiano Max Grillo.

Guillermo Andreve, cuentista, escritor y poeta, con cuya noble amistad nos honramos por largo tiempo, y más conocido de nosotros por haber colaborado con él en las actividades que dieron lugar a la fundación del Ateneo de Panamá, de vida efímera pero relativamente fecunda, ha sido, de entre ellos, quien aportó más efectivo concurso en el desarrollo de las disciplinas literarias en nuestro país.

No solo fue Andreve un animador fervoroso de las actividades intelectuales en el Istmo, sino también un político prominente y un escritor que en el ejercicio del periodismo, tan vilipendiado en ocasiones, procedió con entereza digna de encomio, unas veces fustigando a los conculcadores de la doctrina, otras defendiendo con gallardía los caros intereses del Estado o bien propugnando calurosamente el respeto a los principios democráticos, siempre en actitud vigilante de cuanto significara honor, decencia, pureza doctrinaria y amor al solar nativo. Su muerte, acaecida cuando aun estaba capacitado para la continuación de su importante labor de progreso cultural entre nosotros, fue motivo de justificado duelo para la República y para las letras patrias, que perdieron con su deceso a uno de sus más eficaces e infatigables propulsores.

Con el enaltecimiento de estos tres insignes compatriotas "Lotería" prosigue su labor constructiva de hacer destilar ante el concepto público las figuras ya extinguidas de los que, en una forma u otra, han prestigiado a nuestra patria.

J. G. B..

* * *

UN ACTO DE JUSTICIA

En el número 37 de esta revista, correspondiente al mes de Junio de 1944, al presentarle nuestro saludo al estimable compatriota don Pedro Vidal Cedeño con motivo de su nombramiento de Gerente de la Lotería Nacional de Beneficencia, nos expresamos así:

"Lotería" saluda muy cordialmente al nuevo Gerente, señor Cedeño, y formula votos fervientes por el mejor éxito de sus labores. Para alcanzarlo cuenta con credenciales valiosas que constituyen la mejor garantía para la salvaguarda y auge de los intereses de esta importante institución oficial".

La reelección de que acaba de ser objeto el señor Cedeño demuestra con elocuencia para él muy honrosa y para nosotros muy placentera, que estuvimos en lo justo al aludir a las credenciales de que es poseedor este funcionario integro, eficiente y celoso en el cumplimiento de sus deberes.

Vayan para él nuestras felicitaciones muy sinceras por razón del acto de justicia que en su persona ha realizado el Poder Ejecutivo al reelegirlo en el cargo que desempeña con plausible consagración, y vaya, igualmente, un caluroso aplauso al Excmo. señor Presidente de la República, don Enrique A. Jiménez, por el acertado paso que entraña esta merecida reelección.

J. G. B. — J. A. S.

Núm. 44.

[Dos reales]

Pag. 170.

GACETA

DEL GOBIERNO DEPARTAMENTAL DE PANAMA.

DEL JUEVES 24. DE OCTUBRE DE 1822—12—2.º

Salus Populi, suprema lex esto

MEJICO

LA Regencia del Imperio, habilitada interinamente para su Gobierno durante la falta del Emperador, habiendo recibido con el mas alto aprecio el Decreto de 29 del presente, por el cual declara el Soberano Congreso que el Imperio Mexicano reconoce a la *Republica de Colombia* en la clase de Potencia libre e independiente, y siendo esta declaracion el mas grato prelude de las relaciones que van a estrechar la union y amistad de ambos gobiernos, ha venido en decretar y decreta,

Que al publicarse dicho Decreto, como se ha mandado en esta fecha, se haga con la solemnidad de costumbre en las noticias mas plausibles e importantes, anunciandose el Bando con salva de artilleria que se repetirá despues de la publicacion, y celebrandose con repique general de campanas. Todo esto entendido para su cumplimiento y dispondeis se imprima, publique y circule. En Mejico a treinta de Abril de 1822, segundo de la Independencia del Imperio. = *Agustin de Iturbide, Presidente* =

Copia fotografica de la primera GACETA, que fue órgano oficial del gobierno del Istmo, impreso en Panamá en 1822. A este respecto dice don Mariano Arosemena en sus "Apuntamientos Históricos" al referirse a los sucesos de dicho año de 1822: "Jasemos ahora a dar cuenta de lo que se hiciera en este Istmo, de alguna importancia. Créose por el gobierno una "Gaceta Oficial", por la cual se publicaban los actos administrativos de Colombia y los locales". — Confirma lo dicho, lo expresado por el historiador venezolano Blanco, en sus "Documentos para la vida pública del Libertador", volumen VII, en que dice que "a principios de 1822, se publicaba en Panamá un periódico denominado GACETA". — Conviene tener presente lo anterior al escribirse la historia del periodismo en nuestra patria.

Decreto Número 83 de 30 de Abril de 1947, por el Cual se Nombra Gerente de la Lotería Nacional a Don Pedro Vidal Cedeño

* * *

El Presidente de la República,
en uso de sus facultades legales,

DECRETA:

Artículo Primero: Se nombra al señor Pedro V. Cedeño, Gerente de la Lotería Nacional de Beneficencia.

Artículo Segundo: Sométase este nombramiento a la aprobación de la Asamblea Nacional, en conformidad con lo dispuesto en la Ley 109 de 1943.

Comuníquese y publíquese.

Dado en la ciudad de Panamá a los 30 días del mes de Abril de mil novecientos cuarenta y siete.

ENRIQUE A. JIMENEZ.

El Ministro de Trabajo, Previsión Social y Salud Pública,

S. E. BARRAZA, M. D.



* * *

Felicitaciones del Licenciado José Isaac Fábrega y Don Ricardo Adolfo de la Guardia Para el Gerente de la Lotería, Señor Cedeño

* * *

Panamá, R. de P.,
5 de Mayo de 1947.

Señor don Pedro V. Cedeño,
Lotería Nacional de Beneficencia,
Presente.

Mi estimado amigo:

Por medio de las presentes líneas quiero enviar a usted mi más calurosa felicitación con motivo de su reelección para el delicado cargo de Gerente de la Lotería Nacional de Beneficencia.

Insisto en la manifestación pública que hice una vez en la Asamblea Nacional: en que usted es una garantía en esa institución, cuyo éxito primordial consiste en la confianza que el público otorgue a la Gerencia. Y es por eso, precisamente, que envío a usted estas expresivas líneas a las cuales añado la reiteración de mi sincera y vieja amistad.

Suyo afectísimo,

José Isaac Fábrega.

14 de Mayo de 1947.

Señor don
Pedro V. Cedeño,

Gerente de la Lotería Nacional
de Beneficencia,

Presente.

Mi muy apreciado amigo:

Lo felicito cordialmente por su reelección como Gerente de la Lotería Nacional de Beneficencia que tan brillantemente ha venido usted desempeñando.

Usted fué llevado a ese puesto por su honradez, competencia y hombría de bien. Hoy se le mantiene en él por esas mismas virtudes.

Su sincero amigo,

Ricardo Adolfo de la Guardia.

Dr. SALOMON PONCE AGUILERA

Por ERNESTO J. CASTILLERO R.

El 5 de julio de 1945 desapareció del escenario de la vida el Dr. Salomón Ponce Aguilera. Desafortunadamente, muchos años hacía ya que se había eclipsado su inteligencia, vigorosa otrora, que le hizo famoso en nuestro medio como "literato de género realista, siempre delicado y pulcro en el fondo y en la forma", según lo estimó no ha mucho, al evocar su compañerismo en las letras, el escritor colombiano Maximiliano Grillo.

Perteneció el Dr. Ponce Aguilera a esa generación de panameños de la época de Colombia que ya va desapareciendo de nuestro medio.

Ansiosos de adquirir bagajes intelectuales, fueron ellos a la capital de la República, Bogotá, en busca de instrucción para volver a la patria chica, el Istmo, con diplomas de médicos, juriconsultos, ingenieros, profesores, etc., expedidos por la Universidad Nacional, el Colegio de San Bartolomé o de Nuestra Señora del Rosario, pero, sobre todo, trayendo esa cultura muy bogotana que les hacía figuras interesantes en sociedad y los constituía en mentores de los círculos intelectuales panameños.

El Dr. Ponce Aguilera era prototipo de esa clase selecta a la cual pertenecieron los doctores Pablo Arosemena, Santiago de la Guardia, Belisario Porras, Abel Bravo, Carlos A. Mendoza, Ciro L. Urriola, Santos J. Aguilera, Emiliano Ponce, etc., ya fallecidos, y unos pocos istmeños sobrevivientes que guardan la tradición de la sólida cultura adquirida en la que con justicia fue denominada "La Atenas de América".

La figuración que tuvo el Dr. Ponce Aguilera en el escenario político de esta su tierra, fue escasa. De regreso al Istmo en 1895, después de graduarse de doctor en Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Nacional de Colombia, fue nombrado Secretario de Instrucción Pública en la administración departamental de don Ricardo Arango, siendo confirmado en el cargo por el sucesor de este distinguido mandatario, el Dr. Facundo Mutis Durán. De su paso por tan importante Secretaría en la administración del señor Arango, quedó como huella imborrable la construcción del local de la primera Escuela Normal de Señoritas, valiosa iniciativa esta del

Presidente del Estado, general Buenaventura Correoso en 1878, que abrió vastos horizontes a la mujer panameña en el ramo de la educación pública. Desde que el Dr. Ponce Aguilera con patriotismo y celo de educador ejecutó esta obra, la Escuela Normal no tuvo hasta nuestros días interrupción, dando a Panamá el fruto selecto de un magisterio femenino que ha sido valioso sostén de la educación nacional.

Fue esa la época de mayor brillo para el Dr. Ponce Aguilera, en que su pluma, adiestrada en Bogotá en el ejercicio de la literatura, produjo piezas notables de discursos, artículos, conferencias, crítica literaria y ensayos folklóricos que vieron la luz pública en diarios, revistas y volúmenes como "LA DEFENSA DE PANAMA", publicado en Bogotá en 1901, y el libro de cuentos que tituló "DE LA GLEBA", —conjunto del folklor panameño—, y otros compilados en volumen como "LOS CUENTOS DEL TIO LUCAS", etc., pero no editados, que le han consagrado como uno de nuestros más notables literatos.

La guerra civil de tres años entre los siglos diecinueve y veinte fue un prolongado estancamiento de la educación y la cultura en el Istmo. No podía ser excepción a ese adormecimiento intelectual el Dr. Ponce Aguilera y su pluma dejó de producir para el público refugiándose en cuartillas, la mayor parte inéditas, contentivas de cuentos y cuadros de costumbres extraídas del ambiente local: brochazos que captan la vida popular en el escenario rústico del pueblo nativo, que su hija guarda con celoso interés.

Después... el eclipse fatal. Vivió en Antón, cuna de su nacimiento, los postreros años, alejado de toda actividad física e intelectual. Ameno en el trato, se mostraba como gran señor de la cultura para quienes cultivaban su amistad, pero una amnesia leve y persistente le impedía hacer funcionar como antes su cerebro. Y esa anonadación de su personalidad le aquejó por largos años, hasta su desaparición de esta vida terrenal a los setenta y seis años, dejando inconclusa la brillante obra literaria que pudo ejecutar, si un sino funesto no le hubiera herido prematuramente.

Había nacido en la población de Antón el 1º de Diciembre de 1868.

DE LA GLEBA

(Colección de Cuentos de la Tierra)

Por SALOMÓN PONCE AGUILERA

XII

Paso entre paso, cabizbajo, con los pantalones remangados hasta el muslo, una blusa impermeable de caucho, regalo de un marinerito, y sombrero viejísimo de fieltro cuyas alas caídas le cubrían la mitad de la cara, iba el viejo lobo por la playa solitaria, con un cesto a la espalda donde se veían ostiones, langostinos y cangrejos, la provisión cotidiana que el mar le ofrecía constantemente para él y su familia.

De vez en cuando, llevándose la mano a la frente, la extendía en forma de visera y miraba al mar, al mar inmenso que a sus pies se extendía confundiendo en todas partes con el cielo. Ni una vela asomaba en ningún punto. Sólo una infinidad de aves marinas poblaban los aires, desde donde caían al agua con la velocidad de una saeta, rozando apenas con sus alas la inquieta superficie. Y volvían a remontarse, con la presa en las garras o el pico, y allá, en las nubes, tenían el festín entre aleteos y graznidos amenazantes. Las olas, estrellándose siempre, arrojaban a la arena millares de peces pequeños, que brillaban al sol como objetos de plata, y los pelícanos, que rondaban tranquilos, los aguardaban con sus enormes picos para devorarlos sin descanso. Una langosta apareció envuelta en la ola que acababa de reventar.

¡A buen tiempo llegas! exclamó el vejeite, poniendo el cesto a un lado y avanzando hacia el animal, que le extendió las largas antenas como para defenderse.

La reverberación era cada vez más fuerte y el rumor de las aguas siempre igual y melancólico. Allá, muy lejos, se veía una nube plomiza que ascendía lentamente; más acá, el peñasco sombrío de Farallón donde anidan los alcatraces y gaviotas... Picos azules de la cordillera a un lado; al otro, islas azules también donde andan los buques que comercian en conchas y perlas. Y las olas allí, con su salmodia eterna, levantando sus crestas como blancos erizos, seguían arrojando restos de madréporas, caracoles pequeños y conchas de colores de porcelana.

De pronto cambió el rumbo y se internó en el manglar.

Oye, Simón... Simooón!

El viejo se detuvo, miró a todas partes y aguardó.

Espérame, ahí, que tengo que decirte una cosa.

Hablaron un momento, y luego, como vacilando de la resolución que debían tomar miraron a todos lados con muestras de ansiedad.

¿Y están ahí en el pueblo?

Sí; y esta noche según nos ha dicho Ruperto, que ha venido a todo escape, deben venir a rondar los ranchos. El Alcalde con ellos, como que conoce todas nuestras veredas, para él mismo amarrarnos a todos. ¡Otra vez la guerra, la guerra maldita! Y como el Gobierno no tiene voluntarios, nosotros, por la fuerza, tendremos que ir a defenderlos. El General Herrera ha desembarcado en Chiriquí con mil hombres, y es mucha la gente que de estos pueblos está yéndole a las filas. Dicen también que tiene dos vapores con armamento y mucha tropa. No hay más remedio: o morir de hambre o de bala. Ya usted ve cómo vivimos desde que los buques no van a Panamá. Estamos desnudos, sin qué comer, porque hace un año largo que no se siembra; y, para colmo de males, con el saqueo de las poblaciones ni remedios se encuentran...

¡Y esto parece que no tiene fin!

¡Señor de Esquipula! exclamó el viejo temblando y limpiándose los ojos con la mano ¡favoréce nos! Y yo que pensaba, como decía el blanco Rafael, que en esta tierra no volvería a haber guerra. ¿Y para qué se matan los hombres, Juan de Dios, para qué se matan?

¿Que para qué se matan? Pues para que se aprovechen unos pocos.

—Yo creo que esta noche no debíamos llegar a la casa sino con muchas precauciones. Y como los que vienen a reclutar no reparan un tiro, lo mejor es que nos quedemos en la mata de afuera, desde donde podemos ver lo que pase.

—Así es; pero... ¿y la comida de la mujer y los muchachos?

—No piense en eso ahora, que por una noche que dejen de comer no se han de morir. ¿Y si a usted lo cogen? Ya verá que hasta con los viejos cargan...

—Es la verdad; pero..

—Usted verá lo que hace. A ver cómo no. Lo que soy yo, no arrimo a la casa así se mueran todos.

—No, no digas, eso que primero esta la familia que uno. ¡Cómo vamos a dejarla pe-
recer, hombre! ¡Cómo la vamos a abandonar
para que se muera hasta de hambre! !

—En fin, cada cual hace lo que le parece.
No es más que un consejo— dijo Juan de Dios
—cando un bufido y limpiándose el sudor de
la frente.

—¡Alto! gritó uno de a caballo, que aca-
baba de salir del monte.

La cometa dió una señal, más terrible pa-
ra aquellos dos hombres, que la del Angel en
el último día del mundo. Dos disparos de fu-
sil. Un militar a caballo, otro más... otro..
¡Una patrulla!

¡No hay remedio! —exclamó el viejo.—
¡Estamos perdidos! ¡No corras, que te ma-
tan!

Y ambos se entregaron sin resistencia,
porque la esperanza de salvación se había
frustrado completamente.

Dos horas después soltaba el ancla el va-
por de guerra que venia de la capital reco-
giendo concriptos.

Cuando se alejó de la costa y las monta-
ñas comenzaron a sucederse unas a otras to-
mando distintas formas a través del tenue ve-
lo azul que las envolvía, a los dos hombres no
pudieron contenerse y empezaron a llorar co-
mo niños.

¡No sean flojos!— les dijo un joven oficial
del "5º de Cali". Hay que pelear cuando es
necesario, amigos míos. Yo también tengo
una familia allá, mas lejos, de la cual no sé
nada hace mucho tiempo. Valor y a pelear
por la patria, que ese es deber de todo buen
ciudadano....

La patria!— exclamó el viejo Simón en-
jugándose los ojos. —La patria, Juan de Dios,
sabes tú qué es la patria?.....



MARIPOSAS NEGRAS

SALOMÓN PONCE AGUILERA.

Como mancha de sombra

Se posó sobre el muro

Y yo, que la temía,

Haciéndole un conjuro,

Le dije: "Mariposa,

Si tu ánima es hermosa,

Por qué dejas tu hueco

Por qué dejas tu nido

Y así... tan pasito

Y sin ruido

Vienes a sorprenderme

Para un dolor traerme?..."

Y ella, loca, que pensaba

Que hasta solo

Con un soplo

De mi boca

La mataba,

Viéndome con sus ojos

Iguales a rubíes

De una luz soberana

Me dijo: "Hasta mañana..."

Y tendió sus dos alas

Para mí tan siniestras,

Y en cada sacudida

De ellas, que eran muy negras,

Oí un ritmo extraño

Un ritmo de tristezas

Que me preludiaba

Como una honda queja

Lo que un día

Llegaría

Con hondos lamentos de angustias y penas.

* * *

A la memoria de Edgardo Poe y de José
Asunción Silva, maestros en el arte de
interpretar humanos sentimientos.

* * *

Vino el otro día—

Que no tuvo ninguna alegría—

Y la mariposa

Tan hermosa

Vestida de negro cual regia sultana

Posó en mi ventana

Y me vió;

Me vió con sus ojos que ya eran dos ascuas,

Y luego volando del muro tan frío

Sobre mi hombro

Con asombro

Para mí

Sus patas ligeras de negros crespones

Se posaron

Y frío de las tumbas en mi alma sentí.

—Yo soy un enviado de oscuras regiones

Que anuncia la muerte, que anuncia el dolor—

Me dijo la hermosa, la regia sultana,

Y en mis ojos

Su ala negra

Por primera vez golpeó.

—Tu espíritu es fuente de viva ternura

Que anastra en sus aguas, primicias del río,

Arenas doradas, que luego se pierden

Del mar en el glauco ropaje sombrío...

Y yo solo,

Y yo solo

Y yo solo meditaba en lo triste de la vida;
 Y no hablaba...
 ...Y no hablaba,
 Y sentí dolor inmenso por lo intenso y por lo extraño,
 Pues llevando en mi existencia más de un negro desengaño
 Que es cuanto ella me dejó,
 Con un tono triste y lánguido como una alma que sufría,
 Me volví a mi huésped negro, y con gran melancolía
 De la lengua
 Con torpeza
 La pregunta
 Se escapó...
 —Dime, reina del arcano soberano,
 El misterio de la vida que en mis venas llevo yo;
 Y ella, entonces, cual queriendo meditar en la pregunta,
 Por respuesta
 En mi frente
 Triste y pálida,
 Por segunda vez golpeó...
 —¿No recuerdas, oh señora que de oscuros antros vienes,
 Que cien veces en mi alcoba, fija, fija y sin desdenes
 Con mi almohada blanca y fina tus entrañas desgarró?
 —Lo sé;

Pero yo renazco siempre, porque soy tu compañera,
 Soy tu amiga, la enlutada, la doliente mensajera
 Que tus próximos dolores siempre, siempre te anuncié...
 —Eres, pues, alada amiga...
 --Dolor que no entendieron...
 Y sus ojos
 Que como ascuas
 A la claridad del día mucho, mucho más se abrieron,
 Me dijeron
 Lo que ya entender no pude:
 Era idioma de infinitas alegrías, de tristezas y quebrantos
 Y en estilo apocalíptico anunciado...
 Era solo...
 ...Era solo
 Un anuncio del Amor por quien me inmoló,
 Y ella entonces
 Con sus alas que en el aire parecieronme de bronce
 Se elevó;
 Y de mí al despedirse para volver temprano
 En mi mano
 Se posó,
 Y más luego con sus ojos ya adormidos
 y besándome en la frente
 En la frente
 Por tercera vez golpeó...

DARIO HERRERA

Por GASPAR OCTAVIO HERNANDEZ
 (Fragmentos.)

Hombre de quien podría decirse que nació dotado de refinado buen gusto; temperamento enamorado de la Belleza en todos sus detalles, Darío Herrera pulió con paciencia de religioso, acabadas joyas que ornaban lujosamente las sienas de la musa de América.

Preocupado por la limpidez y sonoridad de la frase; inquietado por ese afán de depurar su arte de toda partícula de materia impura, como un celoso químico de la Literatura extraía de su obra lo que él consideraba nocivo y acre: ya el término áspero, rudo y malsonoro, digno tan sólo de vibrar en bocas de jayanes; ya el giro defectuoso inaceptable para quienes sueñan con mejoramiento y renovaciones constantes en el idioma.

Como José María de Heredia, el francés-cubano que empleaba años en pulir y repulir un soneto, Herrera reconcentraba su talento de hombre y su inspiración de poeta en la vestidura de una estrofa; creía que ésta era como doncella triste y hermosa que oculta la pena interior que le acongoja, bajo el esplendor de rico traje de seda recamado de perlería.

Nació, de padre colombiano y madre panameña, en la ciudad de Panamá, en 1870. En aquellos días, según cuentan venerables labios de viejas, lo que hoy es capital de la república istmeña era casi una aldea. Las dos terceras partes del área ocupada ahora por la hermosa urbe, eran frecuentemente inundadas por las aguas del mar, las que al retirarse, dejaban como recuerdos fatales de sus visitas, pantanos y marismas, de cuyo fondo ascendían impuros gérmenes que esparcían hálitos de muerte por los ámbitos de la entonces ingrata comarca.

Nulos o escasos los centros de educación; abatidos los caracteres; analfabeta el noventa por ciento de la población; en ambiente como ése el ángel de la Poesía era desconocido; apenas si se escuchó su vuelo casi imperceptible. En ambiente como ése, jugó, creció, se desarrolló. Empezó corto viaje a Bogotá cuna de su padre. Pronto volvió al suelo nativo.

Cuando abrió las puertas de oro de sus jardines de arte y dejó ver, a los ojos de la muchedumbre, la lozanía de los rosales y la

delicadeza de los lirios cultivados por sus manos de cultor entusiasta, zumbaron en torno suyo los insectos venenosos, los moscardones que se agitan al rededor de toda planta hermosa, martirizando el oído de diligentes cultivadores con el inacabable run-run de las murmuraciones.

* * *

Canciones de vagas notas románticas fueron las primeras que moduló al son de áureo bandolín al trovador panameño. Era en los grates días de juventud ardorosa, cuando le placía beber añejos vinos en bien labradas copas de oro nuevo.

Poémos advertir que de toda la obra de Darío Herrera las primeras canciones eran las más puras, desde el verdadero punto de vista poético; son las más impregnadas de la sutilísima esencia del sentimiento porque son las más tristes, las más profundas, las más graves y las más sinceras.

Y porque tienen aroma suavemente melancólico, como las primeras flores que se abrieran en el jardín de Herrera. Emanan de ellas blancos hábitos de agradable tristeza; sus primeras canciones tienen yo no sé qué indefinible amargura que convida al recuerdo; a la meditación. Diríase que vibran como lánguida queja de campanas en el ambiente húmedo de un día de invierno, antes de comenzar la lluvia; diríase que son las notas gemidoras de un piano oídas en la calma silenciosa de la noche.

Luego, su jardín lírico sufrió muy notables alteraciones. Y en el sitio donde en lejanos días vimos crecer lozanas flores cuyos nectarios creaban miel de purísimo sentimiento, pudimos observar la producción de otras flores, tan lozanas y vistosas como las de antaño, es verdad; pero menos fragantes y mucho menos dulces. Sin aroma, sin néctar. Sólo tenían galas. Entonces lo sacrificaba todo a la forma.

El sentimiento dejó de preocuparle. A tal punto subió en afán de depuración verbal, que no escasearon las ocasiones en que se hacía ininteligible su estilo, aun para los más perspicaces. El delicado cultivador puso en práctica extraños métodos para cultivar sus generosas plantas tropicales. Conste que lo hizo bien. Le sobraba talento.

El delicado cultivador se trocó en rectilíneo y grave sacerdote del culto parnasiano. El parnasianismo ha tenido muchos, pero muy pocos buenos sacerdotes en América. Su cultivo exige un gusto acrisoladísimo; una visión amplísima. La descripción exacta; la expresión del vocablo oportuno; la exclusión de toda idea vaga, la impecabilidad de las líneas que se quiere trazar; la esplendidez de la fraseología empleada en lenguaje poético aún no estropeado por las mayorías, todas esas especialidades que imprimen a la obra del arte parnasiano estructura inconfundible, no son para ser ejecutadas por cualquier sacristán de la literatura.

"No tenemos costumbre de rendir tributo de admiración a vivos ni a muertos—decía Lord Macaulay en su estudio acerca de Milton—pero hay caracteres que han logrado salir incólumes del examen más prolijo y de las pruebas más grandes; que han salido puros del crisol y con el peso debido de la balanza; que llevan impreso en la frente el sello de Dios, Milton fué de estos hombres".

Esas frases del ilustre pensador inglés son aplicables al digno compatriota nuestro que dedicó lo mejor de su vida y de sus energías al cultivo de las letras. Ninguno como él logró sacar tan limpias sus vestiduras, del fango de la política de estas revoltosas democracias. Para decir mejor, su túnica jamás salpicóse de las gotas del lodo que al viento de las inquietudes partidaristas levanta de aquel fango.

Tiempo es que ya de que desechamos la incuria que nos postra, el egoísmo que nos rebaja, la vanidad que nos humilla.

Tiempo es ya de que apreciemos, en su justo valor, lo poco bueno que ha producido la tierra patria. Patria que no reconoce las buenas cualidades de los buenos seres que ha engendrado, no merece que sobre la frente de ella se refleje la gloria que ilumina las frentes de ellos.

Parece extraño que en otros lares la voz de Herrera haya sido escuchada con más placer y atención que en los suyos propios.

Hace ya muchos años, Jesucristo ha expresado la frase que me correspondiera enunciar al pie del párrafo anterior: *No hay profeta sin honra, sino en su tierra, y en su casa.*

DEL PASADO

Por DARIO HERRERA

* * *

En una de esas tardes del otoño mexicano, cargadas de humedad, de ráfagas agudas como estoques, de perspectivas turbias, de cielo plomizo, emprendí con mi amigo Lucio— poeta luminoso en su modestia — un paseo por el bosque de Chapultepec. Era en el instante de las primeras vaguedades del crepúsculo. En el vasto recinto gravitaba una melancolía honda. Las nubes derramaban en la atmósfera apariencias de brumas hiperbóreas; en las ramas de los grandes árboles— árboles milenarios— el viento tenía sonoridades de cascadas, ó imitaba el rumor hervoroso de la lluvia, ya amenazadora. La concurrencia era escasa, y los coches y los automóviles pasaban con una como fugaz displiencia, ante el silencio de la vida humana y la polifonía orquestal de la naturaleza, bajo el mutismo dominador del "Castillo". Una gran mancha de rojo desteñido sugería la idea de la presencia invisible del sol, cerca del ocaso.

La alegría optimista de Lucio, ficticia, pero ya en él una segunda, naturaleza, parecía esa tarde escondida en el más profundo de los pliegues de su espíritu, para dejar surgir toda esa enfermiza sensibilidad — tan llena de nostalgias indefinibles— propia, como un doloroso bien, del verdadero artista. Hablaba poco, cual si su espíritu, en comunión íntima con el aspecto desolado de las cosas, recogiera en la delicadeza de sus fibras el misterio de las sutiles armonías de aquella hora... Y de pronto, siguiendo sin duda un monólogo interior, mientras nos internábamos por una de las calles más desiertas, dijo:

* * *

El recuerdo tiene á veces impiedades felinas; se torna de acariciante en cruel; tortura, desgarrar. Le quita al pasado su velo azul, su luz ilusoria, y desnudando adorables íconos, brutalmente les arranca su belleza de ensueños... Hace apenas unos minutos veníamos en el tranvía eléctrico, entre una multitud heterogénea de pasajeros, empleados los más de oficinas públicas y comerciales de regreso á sus hogares, en los pueblos vecinos. El carro volaba; las casas huían; el paisaje se modificaba con brevedades de segundos. Tan sólo allá en el fondo, la serranía, del color ceniciento del aire, se alzaba y se perdía

en las opacidades del cielo, con la arrogancia de lo inmutable. La concurrencia, tan ajena á lo exterior como al ambiente interno, iba absorta en sus propias preocupaciones, las cotidianas, deseosa tal vez de llegar al término del viaje.. El tranvía volaba siempre; los enormes edificios de los barrios centrales desaparecieron; las mansiones rústicas, y las quintas y palacetes sucedíanse vertiginosos, á lo largo de la gran calzada. Y yo pensaba en cómo la costumbre hace todo indiferente; me imaginaba esos rostros, impasibles ó tediosos hoy, quince años antes, al contemplar de súbito la aparición y fuga de un carro eléctrico, deslumbrándolos á su paso, ó en la voluptuosidad exquisita que habrían reflejado, viajando entonces en él, los primeros. Así también para el automóvil, ese supremo lujo de locomoción, llegará la época de la vulgaridad, de su democracia, y las clases ricas, con el perpetuo afán de lo raro, inventarán otro medio, aunque sea menos rápido, menos cómodo, de lucir sus elegancias viajeras en los terneos mundanos...

Lentamente, en tanto que Lucio hablaba — penetrados por el grave recogimiento de aquellos sitios— trazamos una parábola en el bosque, al través de avenidas y senderos, llenos ya de noche. En ellos albeaba á ratos el mármol de una estatua. Varios coches, á lo lejos, encendían sus linternas, verdes y rojas, moviéndose entre los ramajes con mariposeos de luz. Estábamos ahora casi al comienzo del paseo, junto al flanco izquierdo del castillo; y de sus cien ventanas abiertas caían hasta nosotros, con el secreto de los silencios evocadores, los fragmentos de una historia, mezcla de tristezas y de triunfos, de desesperanzas luctuosas y de entusiasmos heróicos... Lucio prosiguió:

—Pensaba en eso, por pensar en algo, cuando posé distraído la vista en una pareja femenina, de edades distintas, madre é hija quizás, sentadas cerca, frente á nosotros..... Posé distraído la vista; pero luego, mis ojos se quedaron allí fijos. Tú no te diste cuenta de nada, absorto como estabas en la contemplación de los paisajes de afuera. Al principio, el artista adorador de lo plástico, alerta siempre en nosotros, hízome contemplar exclusivamente á la joven: una deliciosa niña de ca-

torce años, ya con aspecto y encantos de núbil. Su busto, de curvas finas y nobles, su rostro oval, á la manera de los pre-rafaelistas, blanco, con leves matices rosas, bajo el cabello castaño, eran, en verdad, hechiceros. La niña me miró, halagada, en su naturaleza femenina, de mi contemplación; y poco á poco, aquellos sus ojos, de un verde obscuro, cargados de humedades radiosas —como los inmóviles de Mona Lisa— fueron clavándose en mí con tenacidad obsesionante. Es que me recordaban algo, no preciso aún en la memoria, pero que la intrigaba poderosamente. Yo los había visto otra vez, muchas veces... ¿dónde? Y, por un impulso instintivo, miré á la madre.

* * *

Una señora de edad indefinible, treinta ó cuarenta años, ricamente vestida de negro. En su cara de contornos blandos había un vejez prematura. Ó la maternidad la marchitó cuando estaba en la plena primavera; ó un amor demasiado intenso dejó en ella los surcos de las pasiones corrosivas; ó las continuas cónvulsiones tormentosas, no confesada, de ciertos hogares, exteriorizaron sobre aquella carne perecedera los dolores del espíritu. Pero como á cada paso encontramos de esos semblantes —donde se encierran complicados enemigos psíquicos— no me hubiera interesado el que observaba, á no ser por los ojos. Con el mismo tinte verde obscuro de los de la hija, no obstante su beatitud inexpresiva, me intrigaron más. Los conocía: me eran familiares. Y mi recuerdo trabajaba en una confusa niebla de acontecimientos pretéritos. Nada solucioné en ese momento. Bajamos. La pareja siguió... Y ahora he recordado. Esa mujer, rudamente macerada por el tiempo, fué quizás mi primer entusiasmo amoroso, cuando los veinte años ponían en mi cerebro mil líricos idealismos. Ella, por suerte, tampoco me reconoció: también sobre mí ha llovido mucho; la lluvia amarga de todos los escepticismos.

La encontré una tarde como la de hoy, junto con una amiga, en estas mismas avenidas. Volví a verla en los siguientes días. Vivía en una quinta del pueblo inmediato. Hubo flirt, luego cartas; luego una entrevista tímida en un baile; luego paseos vespertinos aquí, con la vigilancia indulgente de la acompañante, y, por último, la audacia de un beso. Después... se fué de la capital, no la ví más, y el encadenamiento complicado de los acontecimientos de la diaria existencia, borró del recuerdo esa trivial aventura de adolescente... Pero de ella quedó volando por la prensa hispano-americana una estrofa, de sinceridad juvenil, recitada por ti, al cabo de tantos años. La escribí la tercera tarde que acudió la joven al llamado de mi admiración, aún lejana. Te agrada, dices, porque es un matiz de sentimiento. Tu definición es exacta: cuando la hice no se había cristalizado en mí el amor-deseo. Era la heroína tan exquisitamente bella, ó tal vez más, que la hija, y yo, entonces, un verdadero poeta.

"Pasaste. Yo estaba callado: me viste, y entró hasta mi alma —la dócil, la triste cautiva que llora soñando en la luz— un largo destello de estrella de oro, cual suele en la noche fugaz meteoró rayar á lo lejos el pálido azul...."

Y pienso en lo exacto del título de unos versos tuyos: *Aere perennius*. En verdad, sólo la palabra de arte, esencia del alma, mantiene eternamente jóvenes las imágenes y los sueños del pasado, más durables así que la materia, carne, ó mármol, ó bronce, pues hasta en la piedra y el metal el tiempo envejece. La hija también será transformada tristemente por los años, y esos versos perdurarán, con toda su sugestión de gracia y de juventud femeninas. Sin embargo, hace una semana, al repetirme tú esa estrofa, ya olvidada, creí, desdeñándola, que no valía lo que en mi recuerdo el beso real, ardiente, lleno de vida, dado más tarde á su inspiradora, cuando era toda esplendor de mujer virgen... Y seguiría creyéndolo, sin ese encuentro, cruel como la ironía.

Proteja a la Lotería Nacional
y protéjase usted mismo
comprando billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia

AERE PERINNIUS

Por DARIO HERRERA

*Sobre la onda azul, en donde ardía
la esencia tropical de la mañana,
la barca se alejó, como extrahumana
quimera que á los cielos se volvía.*

*Y con ella te fuístel... La armonía
de tu belleza mística y profana,
al irradiar su nave magia soberana,
divinizó la nave que partía.*

*Hoy, que evoco, ya lejos, tu figura,
la extraña dualidad de tu hermosura
en mi recuerdo la tristeza ahonda;
Porque tiene tu forma anadiomena
la noble línea de la estatua helena
y el pensativo enigma de Gioconia.*



CANCION DE OTOÑO

(De Verlaine)

Por DARIO HERRERA

*Los sollozos, largos, lentos,
de los vientos
en las tardes otoñales,
van resonando en mi alma
con la monótona calma
de los toques funerales.*

*Todo lívido y convulso,
obedeciendo al impulso
del quebranto,
obedeciendo al impulso
del quebranto,
de mis antiguas historias
siento llegar las memorias
humedecidas de llanto.*

*Y a un viento malo, sin rumbo,
voy marchando tumbo a tumbo
por mi existencia desierta,
como al hálito glacial
de la ráfaga otoñal
la hoja muerta.*



EL PINO Y LA PALMA

(De Enrique Heine)

Por DARIO HERRERA

*En el frío Norte y en desnuda cumbre
Dormitando se halla pino solitario;
La nieve y el hielo le dan su vislumbre,
Le exornan y envuelven en blanco sudario.*

*Y ante el cielo negro y en su cumbre helada,
Tiritando piensa que en lejano Oriente
Una palma sufre, silenciosa, aislada,
En ribera abrupta, bajo el sol ardiente.*

POST-UMBRA

Por DARIO HERRERA

* * *

Quando en mis noches,
cuando en mis noches de hondas nostalgias, el pensamiento
va visitando de mis amores
de mis amores el cementerio

tú sola surges,
tú que comprendías todo el pasado de mis afectos,
tú sola surges a los conjuros de la memoria,
tú sola surges, eternizada por el recuerdo!

Y resucitan aquellos días,
aquellos días que ya murieron,
breves y dulces como una aurora,
breves y dulces como un ensueño,
en que vestida toda de blanco,
bajo la noche de tus cabellos,
a mí venías hermosa y pálida,
allá en tu sala y en otro tiempo!

Después evoco la tarde triste,
tarde tan triste como el crepúsculo en un desierto,
en que tu vida se hundió en la nada,
en que tu alma se hundió en las sombras, en el misterio...

Cuadro doliente
que no se borra de mi cerebro!
Aquellos dobles de las campanas,
graves y lentos;
Aquel ambiente nubloso y frío;
aquel gemido largo del cierzo;
el ruido sordo de aquella lluvia,
y en tu aposento,
aquellos cirios de llamas trémulas
que derramaban vagos reflejos;
aquel gran Cristo,
allá en el fondo, como el emblema del sufrimiento;
aquel desborde de mi amargura,
y sobre el lecho,
entre las pompas de la mortaja,
glacial, inmóvil, mudo, tu cuerpo!...

Ya ves que en mi alma te perpetúas,
que no te olvido, como tus labios me lo pidieron;
y que en mis noches,
y que en mis noches de hondas nostalgias, si el pensamiento
va visitando de mis amores,
de mis amores el cementerio,
a los conjuros de la memoria tú sola surges,
tú sola surges, eternizada por el recuerdo!

GUILLERMO ANDREVE

Por ANTONIO IRAIZOZ

(Cubano.)

X X X

Hay un panameño que logró el afecto y la estimación sincera de los cubanos. Se llama Guillermo Andreve.

Convencido de que la diplomacia entre nuestros pueblos indoamericanos ofrece un sólo frente de peligro, y, por lo tanto, debemos prepararnos con un sólo frente de buena amistad, Andreve auscultó el corazón de mi país, que siempre fué noble y generoso, y agrandó los límites de Panamá con el respeto y la simpatía hacia su pueblo.

¿Quién habla de patrias grandes o chicas, ricas o pobres, fuertes o débiles?

La patria no se mide con el metro rasero para saber sus kilómetros cuadrados, ni con el número para saber sus miles de habitantes.

La patria es conciencia, es deber, es amor, y sólo se mide con alas del espíritu.

Por eso Andreve nos habló en Cuba de la gesta heroica de este pueblo por ser libre, de la mirada penetrante de Bolívar que vió aquí el Istmo de unión de nuestra América, de los pensadores como los Arosemena, de los patriotas como Amador, de los poetas como Ricardo Miró, Demetrio Fábrega, Enrique Geenzier; de los educadores como Méndez Pereira, de los historiadores como Sosa y Lewis.

Conocernos mutuamente, debió ser siempre el viejo empeño de nuestros enviados oficiales.

Andreve, que une a su clara inteligencia, un pecho animoso, y un temperamento cordial, un día se fué a Cuba, en andanzas de la política, y Cuba tuvo entonces en Panamá, un hijo más...

Empeño voluntarioso, acaso algo utópico, ha sido más tarde, su Biblioteca Cultural Nacional, que comienza con los versos de José Martí y se prolonga con la reproducción de páginas olvidadas de prosistas istmeños.

El Panamá Viejo, el recuerdo de Urracá, nunca vencido, se entrelaza con la nueva floración de los versos de Sinán, con las románticas estrofas de Maduro, con las bellas traducciones de Arciniegas, de los sonetos alejan-

drinos de Heredia, el poeta francés que nació en mi isla "éclatante et lointaine".

Son folletos. El folleto es rápido e inestable. Como se vive de prisa, el comercio y la política absorben la actividad nacional, estas dosis de cultura, deben ser pequeñas. El intelectual en nuestras tierras es un señor que dedica un cuarto de hora antes de dormir a enterarse... de todo lo que pasa fuera de su profesión. De ahí que Andreve haya escogido ese formato.

Nuestros jóvenes juegan y bailan. ¡Ah! y leen la página deportiva. Los menos, los filomáticos, sienten curiosidad por los vaivenes de la idea, por los problemas sociales, por el arte engendrador de toda belleza y de toda bondad.

¿Este ensayo de Andreve tendrá éxito? ¡Ojalá!

Y cuando a esas páginas se unen otras con las inquietudes de los poetas nuevos, con el humorismo de los maestros como Mark Twain, con la prosa sensata de los estadistas que plantean aspectos sociales del momento, el horizonte se amplía, y la función meramente editorial adquiere la trascendencia de la verdadera cultura.

Andreve publicista, diplomático, educador, sabe que una pluma hierde más que una espada y que en el libro está la simiente que luego germina en la conciencia popular. Hace tiempo envainó su espada de combatiente de la trincherá de piedra; y ahora esfrime la pluma, en su trincherá de ideas.

En el antiquísimo reino de Bohemia se guardaba en cofre de oro el corazón de sus reyes buenos y tolerantes, y en urna de plata el cerebro de sus reyes sabios. Si Andreve hubiese sido rey de Bohemia, en aquellos tiempos remotos, sus súbditos se hubiesen encontrado perplejos para escoger... Y acabarían, como yo, en señalarle los dos recipientes, el de oro y el de plata, para su corazón y para su cerebro.

Panamá, Septiembre 18 de 1933.

MONTAÑESA

Por GUILLERMO ANDREVE

Cuento premiado en un concurso abierto por DIARIO DE PANAMA, hace muchos años.

Por sobre los repechos, a la hora en que el sol se despereza y sus débiles rayos rompen las gasas vaporosas en que se envuelve la negligente aurora, subía la ladera Jacinto, el indio viejo padre de la más fresca muchacha de aquella serranía, la linda María de Jesús, o "Macú" como cariñosamente todos acostumbraban llamarla.

El viejo había despertado con el alba, y después de picar tabaco y llenar y encender su "cachimba", una vieja "cachimba" con la que estaba encariñado por lo "curada", tomó su "motete" y su "pulla" y siguiendo el camino del río, en el que hizo a su paso una ligera ablución, adelantó hasta el "yucal" en busca de tiernas raíces con que preparar el desayuno de una manera espléndida, pues el vecino Escolástico le había anunciado tres días antes, en la "junta" del compadre "Demesio", su visita.

Callado, como buen indio, era Jacinto también como buen indio, malicioso. Por eso pensaba adivinar el motivo que a su casa conducía a Escolástico, ya que desde tiempo atrás encontraba muy amenudo al volver de la socola o de la *desyerba* a Venancio, el hijo de aquel, charla que te charla, dándole *jarabe* de pico a su hija, que parecía contenta de esto pues reía o cantaba, viendo con el rabillo de ojo al *cholito*, mientras sudaba la gota gorda atrevida en moler el maíz para la *tortilla* o en sacar del cerezo colorado la manteca para cocer el arroz.

No era el muchacho, después de todo, un mal partido. Guapo, suspicaz, trabajador, sólo bebía chicha fuerte y aguardiente en dos ocasiones al año: para el Sábado de Gloria y para la Candelaria, lo que no tenía visos de exceso, pues en tales días los más moderados acostumbraban dormir borrachos por los caminos o a la orilla del río. El padre no tenía más hijos y ya estaba viejo. Heredaría, pues, el chico las dos yuntas de bueyes, y qué bueyes! gordiflones, fuertes y hermosos; las cuatro o seis vacas, los caballos, las yeguas, las gallinas, los puercos y... quizá diera con la *guaca* donde el viejo escondía la plata colombiana que decían los vecinos murmuradores que había ganado como sueldo en la revolu-

ción, peleando a órdenes de *Mina* y *Victoria*, del General Porras y de un *viejito* muy bueno que llamaban don Domingo, sin que nunca Escolástico supiera su apellido.

De la mitad del repecho, adonde dejamos a Jacinto, se divisaba el rancho. Los chicos, desnudos, corrían tras de los cerdos; Señá Dámata hacía astillas el trozo del árbol seco que pronto ardería en el fuego y *Macú* *pilaba* con bríos, con ese movimiento especial de las *pi-landeras*, que consiste en empinarse sobre los pies al alzar los brazos, alargando la cintura y moviendo todas las partes salientes del cuerpo de un modo antiestético, acompañando el movimiento de rato en rato con resoplidos de bestia cansada.

Jacinto llegó al fin, y sin decir palabra puso a un lado el *motete* rebotante de yucas, y sentándose sobre un trozo de madera seca se zafó la *cutarra* del pie izquierdo y ayudado del machete se entregó por completo a la delicada operación de sacarse una espina.

Absorto en ella no se dió cuenta de la llegada de Escolástico y de Venancio, que uno tras otro avanzaban con la *pipa* en la boca, la *chuspa* colgando y la *puya* terciada, adelante el viejo, atrás el mozo. Solo se enteró Jacinto de que estaban allí, cuando ya junto a él le dieron ambos el tradicional saludo de "*Alabao sea Dios*", a que él y las mujeres contestaron "Por siempre, hermanos".

Luego, a una voz suya, los chicos trajeron asientos rústicos hechos de troncos de árboles sin tallar, en los que se sentaron padre e hijo como autómatas, sin quitarse los sombreros, colocando la *puya* entre las piernas y sin que Venancio alzara los ojos a ver la muchacha, que ahora, habiendo acabado de *pillar*, preparaba la *tortilla* en la piedra de moler, junto al fogón.

Ella sí dirigía de vez en cuando rápidas miradas al mancebo, pues era menos tímida y no tan cerrada de mollera como la generalidad de las *cholas*, debido tal vez a la sangre *ladina* que heredara de su madre, pues señá Dámata era hija de una graciosa india que muy joven fué a servir al pueblo a casa de unos *ladinos*, y de allí regresó años después con un mal de pecho que la llevó al cementerio en breve y con una niña que nunca supo quien era su padre ni falta que le hacía.

Por esta razón quizás, *Macú* era moza despierta, vivaracha y cantadora, de facciones regulares, color blanco, senos bien formados, pelo liso y ojos grandes y bellos que esplendían en sus diez y seis años, pues que nació para la *postrera* de maíz el año que fue por primera vez a Río de Indio el padre Cantalicio, de la Pintada.

Pronto estuvo el desayuno listo, y los huéspedes fueron obsequiados con aromoso café servido en *totuma*, acompañado de yucas fritas y asadas, de una buena *bangaña* de arroz dormido con *gandú*, de huevos fritos hasta más no poder, y de *tasajo* asado que embaulaban con verdadera glotonería, abriendo las bocazas feamente y hartándose como es fama que todo indio acostumbra hacer en casa ajena.

Circuló luego la chicha fuerte, *coneja* porque no habían podido procurarse miel, y con ella se les fué a los hombres soltando la lengua que hasta ese momento habían tenido como anudada, y se dieron a hablar, con el dejo habitual de todo montañés y siempre lejos de las mujeres, de las cosechas, del *tigrillo* que rondaba por esos lados, del último baile de tambor, de las desgracias del tío *Portalatino* y de las cosas de la *siudad* donde al decir de un cobrador de diezmos, ya no mandaba el emperador Bolívar sino un *dotor viejito* que antes curaba *virguélas* y *movidas* de vientre.

El día en tanto avanzaba. Ya el sol estaba bien alto sobre el horizonte. La familia acaba de desayunarse, y *señá Dámasa* adonde del rancho, subida en el *lorón*, buscaba en una *tamuga*, entre cien mil cosas diferentes, una hojita de tabaco con que liar un cigarro. A la puerta los chicos desgranaban maíz *espantando* entre ratos a los puercos que audaces llegaban a arrebatárselas las mazorcas. Los viejos hablaban en voz baja y pausada, tal vez de los chicos casaderos, y *Macú*, cantando, cogió un *porongo* para bajar al río por agua. Y era de verla, la falda recogida a la cintura, mostrando la pierna bien formada, cómo se alejó, ladera abajo, echando miradillas a Venancio como instándole a seguirla, y cantando con voz agradable esta copla:

Pena más en amores
el que más quiere,
porque el amor sin celos
naide lo entiende.

El *indiecito*, a quien uno o dos vasos de chicha tenían fuera de lugar, al oír el reclamo sintió correrle la sangre acaloradamente y aprovechando un descuido de los viejos, lige-

ro se fué tras la muchacha que retardaba el paso adrede, de modo que él pudo alcanzarla más abajo de la mitad de la ladera.

Ya de allí para adelante no podían verlos de lo alto por la situación del *trillo* que debían recorrer. Tal vez por ésto Venancio, tímido para hablar, se sintió valiente para el abrazo, y sin decir palabra a la muchacha, de sopetón le dió uno tan fuerte y tan prolongado, que ella entre seria y sonriente forcejeó por safarse, pero con tan triste fortuna, que cayó en tierra, llevando tras sí a Venancio y aflojando el *porongo* que rodó un rato por la ladera, haciéndose pedazos contra el tronco.

—Con la rotura de la vasija cesó el placer de la caricia. Venancio quedó cohibido y la muchacha mucho más. Era aquello mal hecho indudablemente. Como iría ella a contarle a su madre la rotura del *porongo*? No se quiebra este cuando las muchachas van prestas al río sin hacer caso de los jóvenes. Pero fué tan impensada la caricia de Venancio, y además tan natural, pues que había de casarse con ella que... vamos, la chica buscaba en todas estas razones una excusa que no hallaba.

Y no la hallaba, porque, en verdad daba el hecho mayor importancia de la que en justicia tenía. De barro frágil era el *porongo* y no había de durar eternamente, qué diablos. A buscar otro a casa y acabóse.

Y a ella se encaminaron, por distintas vías: *Macú*, llorosa, para buscar otro *porongo* y volver al río; Venancio para juntarse con su padre que lo quería, acabado de tratar el negocio, para decirle que todo estaba arreglado: que casaría con *Macú* por la Encarnación y que celebrarían la fiesta en el pueblo, onde el señor Rudecindo, *Chapetón* que compraba las cosechas de café a Jacinto y le vendía *baratísimo* lo que en la montaña necesitaba.

Volvía en esto la muchacha de su primer viaje, con el corpiño mojado pegado al pecho y el pelo chorreando agua, y fué llamada por *señá Dámasa* para notificarles lo resuelto, que ella oyó cabizbaja echándose luego con sollozos entrecortados en brazos de su *mamita* que permanecía callada e impávida como una idiota.

Los hombres se despidieron, luego de tomar otra *totuma* de chicha, pues era tarde y comenzaba el resistero. Y como habían llegado se fueron: adelante el viejo, atrás el mozo, la *chuspa* colgando, la *cachimba* en la boca y el *machete* terciado.

A la vez que ellos, salió Macú al río nuevamente, por otro sendero distinto del que llevaban. Ya no cantaba; iba triste, una tristeza que no se explicaba, y que creció de punto hasta convertirse en lágrimas cuando oyó la voz de Venancio por la loma, al otro lado del río, que cantaba la siguiente copla:

La mujer y la yuca
cójelas nuevas;
que así, son más sabrosas
y son más tiernas.
Este consejo,
estando enamorado,
me lo dió un viejo.

La voz se fue extinguiendo poco a poco y cesó por completo luego. Pero la copla, vibrante, clara, martirizadora resonaba siempre en los oídos de Macú quien atormentada por esa tristeza horrible e inexplicable que desde la rotura del porongo la asaltaba, siguió largo rato pensativa, sin llenar de agua la vasija..... sentada a la orilla del río que reflejaba en los cristales heridos por el sol del medio día la imagen triste de la muchacha, que en esa posición semejaba una Dolorosa, la Dolorosa de las montañas andinas.



Por GUILLERMO ANDREVE

*Si la vida es dolor, sufre tu pena
sin doblegarte, cual la dura roca
sufre el golpe de la ola entre la bruma.
Vive con faz serena,
sin rictus en la boca
fuerte, impasible en suma.*

*Si la vida es amor, que tu alegría
sea, como la risa, contagiosa.
Ama a todos y a todo dulcemente.
Sé cual la luz del día
que da aliento al gusano y a la rosa,
al honrado varón y al delincuente.*

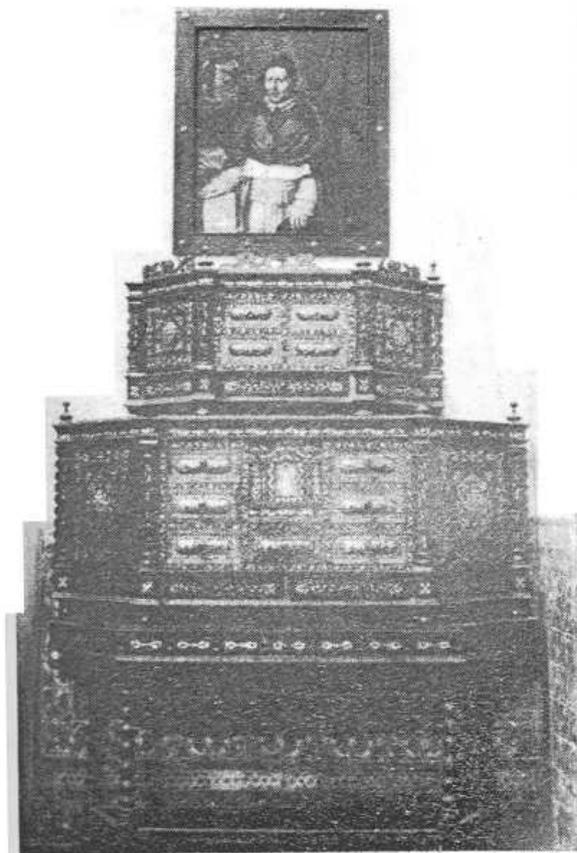
*Vida: dolor, amor,
goce y tortura,
frío y calor...
Bendita seas!*

*Y pues hay goce en el dolor
y hay también amargura
en el divino amor:*

*Dí tú:
qué más deseas?*

Notas Biográficas de Higinio Durán Martel

Por FRAY PEDRO N. PEREZ
(Chileno)



Hermoso juego de tres bargueños superpuertos, coronados con el retrato al óleo de Fray Higinio Durán, Obispo de Panamá. Se encuentra en la Sacristía de la Basílica de Nuestra Señora de la Merced de Lima (Perú). Fotografía remitida por el Dr. F. Gamio Palacio.

Nació en Lima el 12 de Enero de 1760. Fué hijo legítimo de D. Lázaro Durán Martel y de Dña. Rosa Alcocer, vecinos de Lima. Recibió desde su niñez educación cristiana. Tomó el hábito en el Convento de la Merced de Lima y siguió la carrera de las letras. Graduóse de doctor en teología en la Universidad de S. Marcos de Lima y se dedicó al estudio de la filosofía.

En 1º de Agosto de 1785 el P. Provincial Fr. Gabriel García Cabello le nombró Lector de teología en el Colegio de S. Pedro Nolasco de Lima, aunque no tenía aun 25 años.

Fué capellán del Colegio del Príncipe más de 9 años, desde 1782, donde explicaba una vez en la semana, después de la misa, a los caciques y demás juventud los fundamentos de nuestra santa religión.

En dicho año de 1782 fué nombrado Comendador del Convento de la Recolectión de

Nuestra Sra., de Belén de la ciudad de Lima. En este mismo año el Rmo. Fr. Pedro Nolasco Mora le nombró presentado del número de su Provincia.

El 9 de Agosto de 1792 fué nombrado Comendador del Convento de Cartagena.

En 1794 fué nombrado Vicario Provincial de dicho Convento y al año siguiente, Visitador General de los Conventos de S. Nicolás de Cartagena, de Portobelo y de Panamá.

El Rector de Claustro de Catedráticos del Seminario de S. Carlos de Cartagena informan que, desde el 28 de Marzo de 1793 en que allí llegó el P. Fr. Higinio Durán, dió pruebas de su literatura y bellas cualidades, ejercitándose en todos los actos escolásticos tanto del Seminario como de los conventos, con aplauso general de los hombres doctos. Que no contento con ésto, estableció en su convento cátedras de Artes para enseñanza de los novicios y demás religiosos de su Orden, como también de los seglares que quisieran acudir.

El Obispo D. Miguel Alvarez Cortéz, en atención a sus méritos, le nombró examinador sinodal de su diócesis de Cartagena y el Gobernador de la Plaza le franqueó el dinero necesario para la restauración de su convento, que maltrataron las tropas durante los 18 años que tuvieron por cuartel aquellos claustros.

En el capítulo Provincial de Lima, de 22 de Agosto de 1801, fué nombrado 2º Elector General.

El Rmo. Fr. Domingo Faluegat, en 20 del mismo mes y año, le nombra maestro de Número de la Provincia de Lima.

Vino a España y en 1801, el Ilmo. Sr. Rafael de Múzquiz, obispo que fué de Avila y después Arzobispo de Santiago, le nombró examinador sinodal en ambas diócesis.

En 1800 fué nombrado Predicador de su Majestad, cargo que desempeñó hasta el año de 1810.

Cuando los franceses se tomaron a Madrid, el 4 de Diciembre de 1808, hallábase allí el P. Fr. Higinio, desde el primer ataque a la ciudad hasta el año ocho, se ocupó en hacer guardia y en fabricar cartuchos, cosas que estaban a cargo de las ordenes Religiosas en aquellos días. Tomada la ciudad el año 8,

salió de Madrid el mismo día 4 con rumbo a Cádiz, siguiendo al Gobierno nacional. Con este motivo perdió todos sus papeles, sus bienes y una copiosa biblioteca y durante el viaje estuvo a punto de ser fusilado por las tropas francesas.

Su adhesión al Monarca y sus servicios fueron recompensados con el Obispado de Panamá, para el cual fué presentado por las Cámaras de Indias, en sesión del 23 de Diciembre de 1814, mereciendo la aceptación de su Majestad que le nombró a 11 de Enero de 1815.

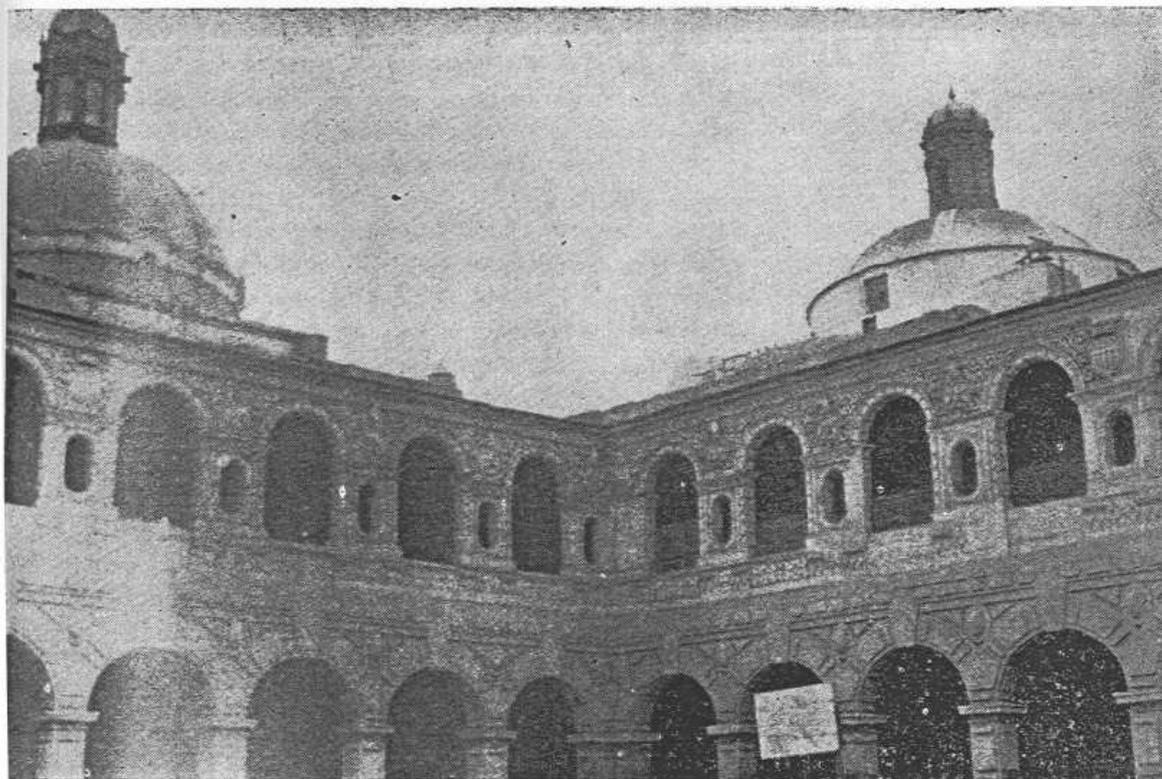
(A. G. I. 109-1-20).

Se le concedió licencia para consagrarse en España, en atención de que no había a la sazón, Obispo de Panamá ni en Puerto Rico y para que evitase los gastos forzosos de tener que buscar en América un Obispo consagrante. Entró en su Iglesia de Panamá el 3 de Agosto de 1817.

Acto memorable de este Obispo es el haber firmado el Acta de la Independencia de Panamá. (1821).

Murió en el pueblo de Chepo, el 22 de Octubre de 1823.

(“Los Obispos de la Orden de la Merced en América”).



“Claustro de los Doctores”, así llamado porque en él se encuentran las celdas de los frailes del Convento de la Merced de Lima, graduados en la Universidad de San Marcos. En una de sus celdas vivió Fray Higinio Durán, Obispo de Panamá, doctor en Teología.
Fotografía enviada por el Dr. F. Gamio Palacio.

Un Obispo Limeño, Prócer de Panamá

Por ENRIQUE D. TOVAR Y R.
(Peruano)

El día veintiocho de Noviembre de mil ochocientos veintiuno, por invitación del Excelentísimo Ayuntamiento, reuniéronse en Panamá las corporaciones civiles, eclesiásticas y militares, y, después de detenida deliberación, procedióse a suscribir el acta de la Independencia de todo el territorio del Istmo. En

ese histórico documento figuran las firmas de dos peruanos. La que ocupa el segundo lugar es la del Obispo de Panamá, Fray José Higinio Durán: una de las posteriores es la de don Antonio Escobar.

Ambos fueron hijos de Lima. El último, vástago de don José María Escobar y de doña

Mónica Carvajal, se radicó en la hoy floreciente república hermana, y se casó allí con doña Ramona de Arce, hija de don Manuel José de Arce y de doña Tomasa Delgado, según lo acredita la documentación correspondiente a 1819, existente en el archivo de la Iglesia de la Merced.

Nos interesa hoy especialmente el Ilustrísimo Señor don Fray José Higinio Durán, quien había nacido en la Ciudad de los Reyes el doce de Enero de mil setecientos sesenta, hijo de don Lázaro Durán Martel, farmacéutico de esta capital según Mendiburu, y de doña Rosa Alcocer.

Seguramente fue deudo, y muy inmediato, del célebre patriota agustino Fray Marcos Durán Martel, el de la insurrección huanagueña, que fué deportado a Ceuta.

Obtuvo José Higinio el doctorado en Teología en San Marcos e ingresó en el convento de Nuestra Señora de las Mercedes. Como tal se distinguió mucho en la tribuna sagrada; fue capellán del Colegio del Príncipe, lector de Teología del colegio de San Pedro Nolasco, comendador del convento de nuestra Señora de Belén y más tarde del de Cartagena de Indias, así como Vicario provincial y, finalmente, Vicario general de los conventos de Panamá, Portobelo y Cartagena.

Marchó a España, y el gran orador limeño fue nombrado Predicador de S. M. Encontrábase en Madrid cuando José Bonaparte ocupó el reino con sus tropas. El hijo de la Merced, leal al monarca, ingresó en el ejército y fabricó cartuchos para la guerra contra los invasores; y cuando la corte se dirigió a Cádiz, marchando él también, siguiendo a su rey y señor.

Los méritos de Fray José Higinio eran tantos, que la Cámara de Indias lo recomendó para ocupar la mitra vacante de Panamá. El 11 de Noviembre de 1815 recibió el nombramiento, y como hacía difícil en esos días la consagración en el hemisferio americano, obtuvo la gracia de ser consagrado en la Península. Provisto de mitra y báculo vino, y posesionóse de su diócesis el 3 de Agosto de 1817. Era entonces un hombre de cincuenta y siete años.

Reveló tener energías de un hombre de cuarenta, sin embargo. Hombre de suma perspicacia, pronto conoció el estado de la opinión de sus diocesanos en lo que referíase a la situación política. Había sido monárquico, pero fue abjurando de tales sentimientos e inclinándose en favor de la emancipa-

ción americana. Esa evolución ideológica se operó en muchos otros prohombres, entre éstos el ilustre panameño José de Fábrega, coronel de los reales ejércitos y antiguo subalterno de altos jefes reales como Toribio Montes, Presidente de Quito, por orden de quien pasó por las armas y decapitó a los egregios esposos Nicolás de la Peña y Rosa Zárate.

El Obispo de Panamá sabía, en el segundo semestre de 1821, que desde el año anterior encontrábase el General San Martín aquí en su patria, y que el 28 de Julio precedente, con gran solemnidad se había hecho la jura de nuestra independencia. Tenía noticias últimas de las vicisitudes que experimentaba la Expedición Libertadora y de la urgente necesidad en que hallábanse sus dirigentes de recibir auxilios de sangre y de dinero. Desde 1819, el Congreso de Angostura había decretado la creación de Colombia, con sus límites por el sur hasta el Perú, y por el norte hasta Guatemala. Los pueblos centroamericanos acababan de proclamarse independientes. Illingworth habíase apoderado de la isla de Taboga e incendiado la población. Los treinta mil soldados que iban a salir de Cádiz para la reconquista de América, se habían sublevado al grito de Riego. En fin, los panameños mismos revelaban sentirse dominados por gran inquietud, y producíanse deserciones repetidas de tropas y se amenazaba en sorda forma con el estallido de la tan cudente rebelión.

El diez de Noviembre de ese año de mil ochocientos veintiuno, la ciudad istmeña de Los Santos declaró su independencia de la soberanía española, y dieciocho días más tarde el pueblo, soliviantado por dirigentes patriotas, invadió la plaza principal de la ciudad de Panamá y pidió a gritos la reunión inmediata del cabildo.

Ello se hizo como lo demandaba la exaltada muchedumbre, que principiaba así a ejercer el derecho que le reconocen los principios democráticos. Acudió el señor Obispo, en compañía de altos dignatarios del clero. Allí, en esa asamblea, se encontró lo más representativo de Panamá. El debate fue amplio y no poco acalorado, y el Pastor de la Iglesia, Monseñor José Higinio Durán, en lo absoluto ya olvidado de su antigua fe monárquica, manifestó su conformidad vehemente en pro de la emancipación y dijo que era su dictamen que el territorio todo del Istmo se agregase al nuevo Estado del Perú, en donde

preponderaba el General patriota don José de San Martín, venido del sur del continente para hacer la independencia del viejo Virreinato de Lima. De la misma opinión del Obispo fue el señor don Mariano Arosemena. Pero los demás miembros de la reunión, emparentados estrechamente con familias de Cundinamarca, el Tolima, Boyacá, Cartagena de Indias y otras secciones de la Nueva Granada, decidieron la votación en el sentido de declarar que "el territorio de las provincias del Istmo pertenece al Estado Republicano de Colombia".

Sobre este punto hemos encontrado un párrafo muy elocuente en el magnífico discurso que pronunció el doctor Fernando Gamio Palacio, concejal limeño, el día en que inauguró la avenida República de Panamá.

En el sentido expresado se redactó y suscribió el acta, y, como lo hemos dicho, el segundo nombre estampado en ella es el de "José Higinio, Obispo de Panamá". El primero lo fue el del Coronel Fábrega, a quien se le dió el título de Jeje Superior del Istmo.

Y vino la segunda etapa, la de arbitrase de fondos para cooperar en favor de la campaña de los independientes. Convocó el Obispo Durán a su cabildo y a los párrocos presentes en la ciudad, y acordóse ceder al Erario la cantidad de sesenta mil pesos en propiedades de fundación de capellanías, cofradías y obras pías; y, como lo dijo la *Gaceta de Colombia* en su número 37, "sin haberse

defraudado a la Iglesia de Panamá ni un solo maravedí se logró obtener medios para atender a los gastos públicos".

El insigne hijo de Lima se apartó en ello de las disposiciones del Concilio de Trento, pero sirvió a la causa de la República.

Gracias a tal actitud del Obispo prócer, gracias a esos sesenta mil pesos, fue posible el envío, en Noviembre de 1823, del batallón "Istmo" al Perú, comandado por Francisco Burdett O'Connor, en el que figuraron, entre otros eminentes hijos de la hoy República de Panamá, el más tarde Presidente de Colombia, General don Tomás Herrera, y don José Antonio Miró, quienes se batieron en los decisivos y gloriosos encuentros de Junín y Ayacucho.

El Obispo Durán emprendió la visita de su diócesis. Llegó al pueblo de Chepo, y allí le sorprendió el fin de sus días el veintidós de Octubre de mil ochocientos veintitrés. Tenía sesenta y tres años de edad.

Murió en extrema pobreza. Nada dejó como bienes de fortuna. Su biblioteca se guardó en doce cajones. Se le encontró también un paquete con estampas de su hermano de orden, el venerable Fray Pedro de la Trinidad y Urraca de Baños.

Panamá y el Perú tienen multitud de nexos que obligan a los dos pueblos a considerarse verdaderos hermanos.

Miraflores (Lima), Noviembre de 1946.



Lotería Nacional de Beneficencia

ES UNA EMPRESA NACIONAL DONDE UD. DEMUESTRA
SU PATRIOTISMO AYUDANDO A SOCORRER LAS
NECESIDADES DE LOS PANAMEÑOS NECESITADOS ...
ES UNA EMPRESA HUMANA DONDE PUEDE HACER
FORTUNA AYUDANDO A LOS DESAFORTUNADOS

* * *

JUEGUE A LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

El Cabildo Eclesiástico Más Notable de la Gran Colombia

Por EDUARDO PICÓN LARES
(Venezolano).

La ciudad de la Sierra Nevada estaba de fiesta. Alegres repiques de campanas, iluminación pública, tocatas musicales y detonaciones de cohetes, pregonaban a todos los vientos la trascendencia de la noticia y el júbilo de la ciudadanía. Y grupos en las esquinas, juntas de la gente humilde y reuniones circunspectas en las casas de los aristócratas de Mérida comentaban animadamente el suceso, llamado a tener repercusión en el desenvolvimiento de su cultura. La obra nefanda del Deán Irastrorza y del Prebendado Más y Rubi, por inconsistente y maquiavélica, había rodado por el suelo estrepitosamente. El triunfo era ruidoso, tan ruidoso como la batalla librada.

Atendiendo a la solicitud del patriota Ayuntamiento de Mérida, el primer Congreso General de Colombia, reunido en Cúcuta el año de 1821, había decretado la restitución de la Silla Episcopal, del Cabildo Eclesiástico y del Colegio Seminario Conciliar a la antigua y verdadera capital de su Diócesis, después de tanto tiempo de haber sido trasladados a Maracaibo. Y por supuesto, tamaña resolución Legislativa, echada a vuelo en el instante inicial de la gran República Boliviana, venía a refrendar los títulos proceros de la serrana urbe silenciosa, hostilizada quizá, en momento histórico de azar y de amargura para Venezuela, por la bulliciosa ciudad de las Palmeras y del Lago.

Aquel día era 7 de Diciembre del año feliz de Carabobo, víspera de la solemnidad de la Inmaculada Concepción, Patrona del Obispado de Occidente. Monseñor Lazo, que había llegado de San Antonio del Táchira el día 6, previa citación de la mañana siguiente, se reunió el Cabildo con los dos únicos canónigos que existían para entonces en la ciudad, Presbíteros Doctores Luis Ignacio Mendoza y Buenaventura Arias, y después de manifestarles el objeto de la reunión, que ya conocían los capitulares por correspondencia anterior, resolvió de común acuerdo con ellos, declarar nueva y solemnemente instalada la Sede Episcopal, el Cabildo Eclesiástico y el Colegio Seminario Conciliar en Mérida, según lo



Dr. Rafael Lasso de la Vega.
(1764 - 1831)

había decretado el Congreso, así como también que se procediese aquella misma tarde a dar principio a los Oficios Divinos paralizados de muchos tiempos atrás. Designóse para Catedral interina la Iglesia de Santo Domingo, de reconstrucción reciente y con la capacidad requerida para inaugurar en ella la que podríamos llamar segunda época del Pontificado Merideño, pasóse luego a resolver otros puntos no menos interesantes.

Naturalmente, como los asuntos pendientes y los que habrían de resolverse en lo futuro, que fueron por ciertos diversos y graves, reclamaban mayor número de canónigos de los existentes, ora para el mejor servicio del altar, ya para la existencia de los pontificados, como para cumplir con escrupulosidad con lo establecido en la Bula de Erección de la Diócesis, el ilustre prelado se vió en la necesidad de nombrar dos sacerdotes que sirvieran provisionalmente las canónigas de más urgentes provisión en el Capítulo, y para el desempeño de ellas eligió con lujo de aciertos que es digno de los más francos aplausos, a los Presbíteros Doctores Ramón Ignacio Méndez e Ignacio Fernández Peña, personajes respetables en la historia eclesiástica y política de Venezuela y con antecedentes de prestigio y simpatía en el ánimo del pueblo merideño.

Pero veamos instalarse en el coro de la Catedral Emeritense, a la hora reglamentaria de las tres de la tarde, para inaugurar los Oficios Divinos y cantar las vísperas de la festividad de la Inmaculada Concepción, a aquella pléyade de varones esclarecidos, de próceres de la Patria y de Pontífices de la Iglesia, cuyo recuerdo es flor de púrpura en nuestros corazones patriotas y orgullo siempre alto de nuestras glorias pretéritas. Puesto de pie bajo las colgaduras rojas de su solio, con aquella prestancia que sabía imprimirle a su dignidad, el Obispo Lazo preside la religiosa función, y con el litúrgico *Deus in adiutorium meum intende*, entonado a viva voz, reanuda con la solemnidad del caso la interrumpida Academia de los Doctores de la Diócesis. Ocupando sus curules, con sus roquetes de puntas dordadas, sus manguillos de finísimos soles tejidos por las monjas de Santa Clara, sus mocetas moradas de crujiente muaré de Francia y sus pomposos alzacuellos bordados con mostacillos azules y blancas, se ven a derecha e izquierda del presbiterio, con el señorío de su alcurnia y de su fama, a Luis Ignacio Mendoza, a Carlos Rubio, que ocupa el puesto de Ramón Ignacio Méndez, a Ignacio Fernández Peña y a Buenaventura Arias. La ciudadanía, haciendo acto de presencia, llena el recinto del templo. Y canta el Obispo, y cantan los canónigos, y las campanas pregonan, con sus confusas lenguas de bronce, las trascendencia insólita de la ceremonia. El momento es verdaderamente imponente. Y con la bendición del Pastor, que imparte al pueblo con unción nazarena, se finalizan los oficios de aquella tarde. En el atrio de la Catedral los filigreses se agrupan complacidos. Y el Obispo acompañado de su séquito y antes de salir por la puerta mayor, se arrodilla sobre mullido cojín de seda delante del sagrario, reza algunas preces en voz baja y se incorpora nuevamente para seguir a la calle.

Veamos ahora salir, con curiosidad y atención, fijándonos en su gravedad y parsimonia, a cada uno de ellos. Se encaminan al Palacio Episcopal a conducir al Obispo, cumpliendo así con lo establecido en los ritos eclesiásticos. Y bueno es que refresquemos la memoria, siquiera sucintamente, con los rasgos más resaltantes de sus meritorias personalidades.

Revestido con la capa magna, el pectoral joyante, centelleando en su diestra el anillo episcopal y en aptitud de bendecir a su rebaño, Monseñor Lazo aparece en la puerta máxi-

ma del templo. Es uno de los Obispos más destacados de América, y así lo atestigua su hoja de servicios. Es de raza hispano-americana, (1). Empieza sus estudios en el Colegio mayor del Rosario de Santafé, y se inicia en la carrera del sacerdocio como cura de Bogotá. Luego desempeña la Canongía Doctoral de la misma Sede Metropolitana, y es promovido más tarde al cargo de Chantre de la Catedral de Panamá. El Rey de España le presenta para el Obispado de Mérida el 19 de Octubre de 1814, y preconizado el 8 de Marzo de 1815, es consagrado en Bogotá por el Ilustrísimo señor Juan Bautista Sacristán el día 11 de Diciembre de aquel mismo año. Fija su residencia en Maracaibo, conforme estaba dispuesto por egoísta y utilitaria resolución, y edifica allí la Catedral y el Seminario de Mérida, reducido a escombros por el terremoto de 1812, y visita varias veces toda la Diócesis y convoca y preside sínodos. Durante la Revolución de Independencia, con espíritu convencido, sigue la causa del Rey, hasta los últimos días de 1820; y en 1821, con la misma conciencia de sus convicciones, abraza la bandera de la República, explicando el porque de su conducta en un documento que se ha calificado de luminoso. Es Diputado por Maracaibo al primer Congreso General de Colombia. Concorre como Senador a los siguientes Congresos de la República hasta el año 26, y hace en ellos brillantes defensas de los derechos de la Iglesia, si bien es cierto que un tanto apasionadas. Establece las relaciones entre la Santa Sede y la República de Colombia, y obtiene del Pontífice Romano la gracia del oficio y misa de la Virgen de Chiquinquirá, así como también la beatificación de la *Azucena de Quito*. Trasladado por el Papa León XII al Obispado de Quito, se aleja para siempre de Mérida el día 3 de Septiembre de 1829, no sin despedirse antes de ella con palabras saturadas del más noble sentimiento. Y cuando el Libertador de América se hundía, víctima de la ingratitude y el egoísmo, en el antro profundo de la más dolorosa decepción, él le tiende su mano caritosa, le llama sinceramente, le acorre en su infortunio y se descubre reverente ante su gloria. Este solo detalle, valorado como se debe a través de los tiempos, es más que significativo para definir inconfundiblemente la perso-

(1) El Obispo Dr. Rafael Lasso de la Vega, a quien se refiere el Dr. Eduardo Picón Lorea, en su libro "Revelaciones de Antaño" nació en la ciudad de Santiago de Veraguas el 26 de Octubre de 1764 y murió en Quito (Ecuador) el 4 de Abril de 1831.

nalidad discutida del viejo Obispo de Mérida.

Ha terminado la ceremonia. El templo ha quedado vacío. Ya hemos visto desfilar aquellos hombres. Ya los hemos presentado de cuerpo entero a las nuevas generaciones venezolanas. Y ante sus ejecutorias brillantes; ante aquel Senado de Próceres y Pontífices, astros de primera magnitud en el cielo

diáfano de la patria, de afirmarse es, ya que nos hemos encontrado el segundo de su talla, que fué aquel, sin duda alguna, el Cabildo Eclesiástico más notable de la Gran Colombia y el que ha visto reunida Venezuela en todas las etapas de su historia.

Pero aquella asamblea de hombres ilustres, por alta y por conspicua, debía durar apenas lo que el ensueño de Bolívar. Se reunió en 1821, fulguró con resplandores de oro y empezó a dispersarse en 1828, hasta extinguirse completamente con el último aliento de la hija mimada del Libertador.

Recuerdos de Inapaquiña

Cacique de San Blas

Por ENRIQUE NARANJO MARTINEZ

(Colombiano)

Bajando el Magdalena en alguna ocasión, tuvimos como compañero de viaje al Cacique Inapaquiña y los de su comitiva.

Secretario e intérprete era un indio viejo, malicioso y relamido, con toda la ironía de un ateniense de fuste. Era de verse cómo reía el indio con zocarronería y cómo le brillaba la malicia en los ojos, cuando contestaba ciertas preguntas nuestras o cuando él mismo se refería a asuntos de su gobierno y funciones. Era un indio que, de puertas para afuera, se reía de la comedia que representaba, en lo que no se parecía a muchos políticos, que si rien por dentro, ostentan una actitud tan verdadera que engañan, no diré al pobre pueblo, a sus electores, sino que también al diablo mismo. No le hace que otros, también en lo íntimo, nos admiramos de la comedia, pues que no otra cosa son las más de esas actitudes valientes y airadas.

Inapaquiña era todo un hombre de gobierno, en lo discreto. Siempre conservaba un cierto aire de reserva y de hombre que sabe medir el puesto que ocupa. Cuantas veces quisimos tentar un cuarto a espadas sobre asuntos de la tribu, Inapaquiña, con su risa corta de hombre de estado (materia irrepor-teable), nos mantuvo a raya.

El equipaje era una colección de presentes y de elementos que asombrarían a los que en las lejanas riberas de las Costas de San



Retrato de Inapaquiña, hecho en Bogotá (Colombia) en 1912

Blas, bajo el abanico de las palmeras, como en los tiempos de Colón, esperaban a los viajeros. Lo mejor y más admirable que Inapaquiña llevaba, era un famoso uniforme de General "de la táctica antigua", es decir, uniforme francés, con pantalones rojos de franja dorada, charreteras, alamares "mano de león", etc. Una gloriosa prenda de algún Ge-

General de los que llamaron "de breva y paraguas", de algún "maquetas" de atrio o del parque de Bolívar, que tuvo la inspiración de encontrar en el Cacique talla suficiente para sus preseas. Inapaquiña iba dichoso con el uniforme: no faltaba ni la banda de seda con borlas doradas. Era largo el camino para el deseado momento de presentarse a sus súbditos con tanto rango y con tan gallardas insignias. Ya suponemos el asombro de la tribu y de seguro que ese uniforme pasaría con el mando a quien lo sustituyó.

—Qué uniforme es el de Inapaquiña?— pregunté al intérprete. Y el indio marrullero con su risilla y malicia en los ojos, nos dijo: —De General!—Y, el tuyo de qué es, continuamos.—Apenas de Capitán, contestó el indio, dando rienda suelta a su risa de hombre que, apesar de su simplicidad primitiva, se burla de sí mismo y echa a un lado la máscara. Nunca olvidaré esa actitud tan civilizada y filosófica de ese indio viejo, acostumbrado a marchar entre el séquito de los encopetados de la tribu.

Para matar el ocio de la navegación, para entretener la modorra del medio día, bajo la canícula de ese imperio tropical del río Magdalena, después de preguntar al indio sobre incidentes de su viaje, de su vida en la capital de Colombia, de la lealtad a la Patria y hasta del curioso *meeting* en que aparecieron con los reporters yankees Harding y Guyol, enviados por un gran diario estadounidense, para allegar más pruebas en su campaña contra el Coronel Roosevelt, después de todo eso, nos poníamos a formar con el intérprete un vocabulario del dialecto Cuna, que para salvarlo de probable olvido y como contribución muy pequeña a los estudios de algún curioso, copiamos en seguida:

Canarguin	Buenos días
Togue	Siga
Sihue	Siéntese
Tague	Véngase
Nade	Váyase
Pracete	Dónde va?
Napibahua	Hasta luego
Percabohua tamballi	Cuándo vuelve?
Percabohua nonibalche	Dentro de dos años
Parinicosuli	Nunca
Melenhan iheoga	No me olvides
Naderguen	Adiós!
Ayanhuedi anhuiscala	Salúdame a los amigos
Nuedi	Bueno
Ocurba	Tengo hambre
Dehuerba	Tengo calor
Tambetoga	Tengo frío
Capierba	Tengo sueño
Tiucurca	Tengo sed

Huibeguerba	Estoy sudando
Obe	Bañarse
Tihucala	Río
Tada	So!
Ni	Luna
Huágala	Cara
Ibia	Ojos
Cahia	Boca
Asu	Nariz
Argana	Mano
Naca	Pie
Sindá	Brazo
Cuaque	Corazón
Nonoqua	Cabeza
Nucala	Dientes
Sábala	Estómago
Uluhua	Baúl
Cachi	Cama
Kindi	Escopeta
Kinsacoloda	Carabina
Sñori	Machete
Kinki stole	Revólver
Ainhuedi	Amigo
Ayanhuedi	Querido amigo
Beabé	Amor
Nabre betanque	Yo la amo
Toca	Mucho
Puna nuhuedi	Está bonita
Péguini pinchasí	Pienso en ti
Napritoleque	Muy contento
Morshibe	Camisa
Huaca sipahira	Blanco
Tube	Indic
Huaga sisití	Negro
Puna yahua	Muchacha

Es cuanto pudimos recoger del dialecto de los Cunas. Algún autor, tal vez el General Mosquera en una de sus obras, aconseja recoger cuantos datos, palabras y tradiciones sea posible obtener de las tribus indígenas que tienden a su extinción, si no como raza, a lo menos como familia con propios caracteres. Sea el cortísimo vocabulario anterior una huella del viaje del Cacique de San Blas a nuestra capital, cuando viajaba a rendir pleito homenaje a la patria colombiana.

Leí mucho después de mi viaje con Inapaquiña una vaga referencia de que el Cacique, el político, no había sido consecuente con los sentimientos de entonces y que se entendía a maravilla con el Gobierno del Istmo. A través de la noticia, veía yo nuevamente la risa maliciosa y burlona del indio viejo que servía de intérprete, del marrullero y politicastro de la tribu, que en lo íntimo se reía del amo; se reía del uniforme de General, de nosotros mismos los colombianos tan ingenuos, y que se regocijaba de las tres trencillas que, en el orden de categoría, le correspondían a él en la comedia que todos representan, unos en la tribu primitiva, bajo el abanico de las palmeras; otros en civilización plena, al aire



Indigenas de San Blas

de las democracias modernas, como para asentar aquel conocido refrán de que "todo el mundo es Popayán".

Boston, Mass., 1946.

* * *

Addenda: Consideramos nosotros conveniente hacer algunas explicaciones adicionales acerca del personaje a quien se refiere la anterior narración.

El Cacique Inapaquiña era sobrino de Inanaquiña, Sahila Tummat o Gran Jefe de la Comarca de San Blas, que gobernaba él solo. Dicho jefe, al efectuarse en 1903 la independencia del Istmo, reiteró su fidelidad a Colombia y, según relatan los Generales Daniel Ortiz y Rafael Galvis, jefes de la expedición punitiva mandada de Bogotá para someter a la obediencia a los panameños, les prestó su cooperación para el éxito de la empresa que, sin embargo, y por fortuna para los istmeños, fracasó como es de todos conocido.

A la muerte de Inanaquiña, el Congreso indígena le dió como sucesor a Simral Colman, quien, al contrario de su antecesor, adoptó la nacionalidad panameña. Mas queriendo el nuevo Sahila Tummat compartir el gobierno de tan dilatada región con alguien de cabiendo de tan dilatada región con alguien de capacidades administrativas, propuso en un Congreso que Inapaquiña fuese nombra-

do su segundo, bajo la impresión de que éste, por ser sobrino de Inanaquiña y haber vivido con su tío, conocería mejor que cualquiera otro las tradiciones del pueblo Cuna. Inapaquiña fue electo, pero apenas se vió revestido de autoridad, introdujo el cisma político en su pueblo y se declaró emancipado de la jefatura de Colman, formando otro gobierno libre. Siguiendo los sentimientos de su tío, Inapaquiña se declaró colombiano e hizo a Bogotá el viaje a que se refiere el Dr. Naranjo Martínez para testimoniar a las altas autoridades de Colombia su adhesión.

Los dirigentes de la cosa pública en Colombia, con todo, no estimaron el alcance que para el arreglo futuro de los límites con Panamá tenía la adhesión del Cacique Inapaquiña a Colombia y lo dejaron en el olvido. El menosprecio con que lo trataron—se dice—, las autoridades de Cartagena una vez, determinó el cambio de sus sentimientos, a lo cual contribuyó en gran parte Nele de Cantule, asistente del Cacique Colman, afecto en todo a la República de Panamá. En 1915 vino Inapaquiña a esta capital a declarar fidelidad a la bandera panameña.

Pero Inapaquiña resistió hasta su muerte, ocurrida en 1937, la influencia de la civilización, aunque él solía hacer viajes a Panamá a recibir el agasajo del gobierno, como huésped suyo. Su tribu aún está herméticamente cerrada a la cultura; al contrario de la de Narganá, otra sección de las tres que con distintos jefes se dividió la Comarca de San Blas—antes bajo el gobierno unitario del Sahila Tummat Inanaquiña—, que bajo el prudente gobierno del Cacique Charles Robinson es el centro cultural y civilizador del pueblo Cuna.

Así queda explicado por qué Inapaquiña cambió de nacionalidad y cómo la bandera panameña llegó a flotar, como símbolo de soberanía, sobre la región de San Blas haciendo ciudadanos de nuestra República a toda la raza Cuna del Istmo.

E. J. C. R.

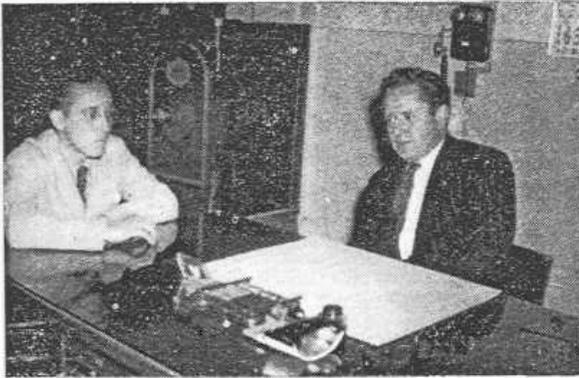
Proteja a la Lotería Nacional

y protéjase usted mismo

comprando billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia.

Entrevista con el Director Gerente de la Lotería de El Salvador

Por MANUEL A. RUGLIANCHI B.



Desde hacen varios días teníamos en mente entrevistar al Profesor Alejandro A. Osorio, Gerente de la lotería nacional de la República de El Salvador; para esto hablamos con anterioridad con el expresado profesor a fin de que escogiese un día que ambos teníamos el factor tiempo en nuestro favor. Nos pusimos de acuerdo telefónicamente y acordamos día y hora.

El edificio de la Lotería está situado entre la 3ª calle oriente y 6ª avenida norte, de esta ciudad. Escogamos un sábado a las cuatro de la tarde para entrevistar a tan distinguida persona.

Al llegar al despacho del profesor Osorio fuimos recibido por el propio Profesor y amigo, con aquella sonrisa característica en él que nos demuestra sin interrogarlo todo el cariño que tiene por nuestra patria. El Profesor Osorio es un hombre joven, no pasa de 38 años de edad; una conversación franca y liberal y campechano en su trato; después del saludo de rigor y de cambiar impresiones de la vida Panameña-Salvadoreña comenzamos nuestro cuestionario:

¿.....?

—Tengo el agrado de decirle que recibo mensualmente la revista "Lotería" de Panamá; que dirige don José Guillermo Batalla con la colaboración de don Juan Antonio Susto, y que usted ha tenido la gentileza de enviarme con toda regularidad. Los escritos que ella contiene versan sobre varias materias, aunque descubre cierta tendencia cuya índole inspiró su creación.

—Le hablo sinceramente y quiero que estas palabras sean ecos en su patria, "aplauco a los colegas panameños quienes además de rendir sus esfuerzos en beneficio de la Institución de la Lotería Nacional de Panamá, obsequian a Centro América y acaso a América Latina, con el mensaje de fraternidad continental a través de un cuaderno bellamente preparado con un apreciable trabajo fotográfico y la sutileza expresiva del bien seleccionado contenido de sus lecturas.

¿.....?

—Más me han satisfecho sus envíos en cuanto que coincidimos en el justo anhelo de hacer patrias libres, bajo el meridiano glorioso de la lectura difundida con acierto.

¿.....?

—Esta es la única manera mediante la cual se han de entender los hombres y los pueblos. La fuerza que forja pueblos libres nace precisamente de esa tierra fértil que traían las ideas cuyo abono entraña: un periódico, un diario, un libro, una revista, etc.

¿.....?

—Como Maestro de Escuelas Públicas y Catedrático de algunas asignaturas en establecimiento superiores de mi país he aprendido el valor indeclinable que contraen las palabras y la urgencia de popularizar las lecturas hasta hacerlas asimilables en el medio donde se desarrollan estos pueblos, cuya vida apenas encendida, ha menester de la experiencia de los otros mundos que forjaron su fé en los altares del deber cumplido...

¿.....?

—América sólo necesita lanzar a sus pueblos sobre los libros para emanciparse de la eterna situación de mundos vencidos y aplastados por la voracidad de los analfabetas e ignorantes.

¿.....?

—He aprendido, con todo cariño, la fortaleza de los colegas de Panamá quienes encuentran en la revista "Lotería" las energías espirituales suficientes para enseñarnos que en cualquier parte donde se labore, ha de irse preparando a América por los rumbos audaces y las líneas perfectas de pueblos libres por el milagro de la fe en un porvenir glorioso con fecundidad suficientemente para levantar

en definitiva su voluntad histórica, sin sabotajes, invasiones, ni asaltos estériles.

¿.....?

—He sabido, que la lectura de la revista "Lotería" de Panamá con esos pasos internacionales forjan en los pueblos un destino mejor, mucho mejor que las victorias alcanzadas por las potencias militarizadas sin cautela, que se entrecruzan para detener y paralizar la ruta ascensional que se tienen prometi- da los pueblos.

¿.....?

—Un libro, o una revista solo ofrecen inter- ferencias anémicas e inoperantes, cuando el espíritu de los pueblos ha entrado en un período de descomposición y en cuyas zonas rectoras se hallan carcomidas sus propias bases.

¿.....?

—Creo en los caminos de la ciencia como rutas a seguir con urgencia, en la edifi- cación histórica de los pueblos que se apoya y se basa en los laboratorios y en el descu- brimiento de nuevos ingredientes para forjar sistemas internos de acción directa que por su

propia calidad, garanticen nuestra liberación, nuestra realización moral y nuestro heroísmo.

¿.....?

Ya hemos creído oportuno dar fin a nuestra entrevista amistosa y antes de despedirnos don Alex como cariñosamente se le llama en San Salvador al Profesor Osorio nos dice:

Espero, estimadísimo amigo Rugliancich que usted me ofrecerá la ocasión de tener en mis manos la simpática revista "Lotería" de Panamá cuando vea la luz pública en sus edi- ciones subsiguientes y le prometo dar a usted, en cambio, una de las que en sucesivas oportunidades patrocine la Lotería Nacional de El Salvador cuya suerte y destino se for- jará en el aprecio que élla le merezca a usted.

Le ruego además, me conceda el favor de testimoniar a los colegas de Lotería Nacional de Panamá, las frases de cariño que me merece aquel país hermano en cuya fraternidad conviví, cuando en calidad de Director General de Correos, abracé los risueños contornos de sus paisanos, los que recuerdo ahora con la expresión sentida de la más sentida emoción de amigos en el espíritu de nuestros dos pueblos hermanos.

BANCO NACIONAL DE PANAMA

FUNDADO EN 1904

DEPOSITARIO OFICIAL DE LA REPUBLICA
OPERACIONES BANCARIAS EN GENERAL

Para el mejor servicio en el país cuenta
con Sucursales en

COLON Y DAVID

y con Agencias en

AGUADULCE	LAS TABLAS
ALMIRANTE	OCU
BOCAS DEL TORO	PENONOME
CONCEPCION	SANTIAGO
CHITRE	Pto. ARMUELLES

DIRECCION: Avenida Central 107

Telegráfica Banconal

TELEFONOS: 221, 222, 223, 224 y 2244.

CAJA DE SEGURO SOCIAL

SUBSIDIOS DE MATERNIDAD:

Según lo dispuesto en la nueva Ley, la Caja de Seguro Social concederá a las aseguradas en estado de gravidez, además de todos los beneficios por enfermedad y maternidad, un subsidio en dinero.

EN QUE CONSISTE EL SUBSIDIO DE MATERNIDAD:

El subsidio de maternidad consiste en un auxilio en dinero que la Caja pagará a la interesada, equivalente aproximadamente a UNA VEZ Y MEDIA del promedio de sueldo ganado por la asegurada durante los SEIS meses anteriores a la fecha de la solicitud del auxilio.—Ej.: si la asegurada ha devengado durante los seis meses anteriores un promedio de sueldo de B/.80.00 recibirá un total aproximado de B/.120.00.

PARA OBTENER EL SUBSIDIO DE MATERNIDAD:

La asegurada deberá presentar un certificado médico al completar el SEPTIMO mes de embarazo. Si es maestra deberá comprobar además la fecha de su separación del empleo para mantenerle su derecho a los beneficios.

COMO SE PAGA EL SUBSIDIO DE MATERNIDAD:

El subsidio de maternidad se paga en dos partidas, la mitad seis semanas antes de la posible fecha del parto, o sea alrededor del séptimo mes, y la otra mitad una vez producido el alumbramiento.

CUANDO EL ALUMBRAMIENTO SE PRODUCE AL SEPTIMO MES:

La Caja de Seguro Social entregará inmediatamente a la interesada el total del auxilio a que tenga derecho una vez comprobado el caso por el médico que la hubiere asistido.

A LOS BILLETEROS

Se les recomienda:

- Devolver a las oficinas de la Lotería los billetes no vendidos, todos los domingos antes de las 10 a. m.;
- Cancelar sus cuentas con la debida oportunidad y retirar los billetes para la venta, a más tardar a las 12:30 p. m. del martes de cada semana;
- Usar trato amable y cortés con nuestros favorecidos y el público en general;
- Llevar consigo el carnet de identificación expedido por la Lotería, para exhibirlo a la Policía y a los particulares que así lo exigieren en caso necesario.

Les está prohibido:

- Negociar o empeñar los billetes que se les entreguen para la venta;
- Vender los billetes a mayor precio que el señalado en los mismos;
- Vender tiquetes de "chance", rifas y otros juegos similares que se llevan a cabo clandestinamente, en perjuicio de los intereses de la Lotería;
- Vender números "casados", aprovechando que un cliente solicita un número determinado para vendérselo a condición de que le compre otro;
- Valerse de menores de 18 años para retirar los billetes en la oficina de distribución y utilizarlos como auxiliares en la venta;
- Les está prohibido estrictamente cambiar billetes premiados a los clientes, para evitarles conflictos enojosos.

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Abril de 1945

NOTA:—El decálogo anterior ha sido extractado de las disposiciones legales y reglamentarias vigentes.

Plan del Sorteo Extraordinario N° 1485

que se ha de celebrar el

7 de Septiembre de 1947

PRIMER PREMIO

1 Premio Mayor de	B/.	100.000.00
18 Aproximaciones deB/.	1.000.00 cada una.....	18.000.00
9 Premios de	5.000.00 cada uno.....	45.000.00
90 Premios de	300.00 cada uno.....	27.000.00
900 Premios de	100.00 cada uno.....	90.000.00

SEGUNDO PREMIO

1 Segundo Premio de		30.000.00
18 Aproximaciones deB/.	250.00 cada una.....	4.500.00
9 Premios de	500.00 cada uno.....	4.500.00

TERCER PREMIO

1 Tercer Premio de		15.000.00
18 Aproximaciones deB/.	200.00 cada una.....	3.600.00
9 Premios de	300.00 cada uno.....	2.700.00
1.074	Total de Premios.....B/.	340.300.00

Precio de un Billeto Entero B. 50.00

Precio de un Quincuagésimo 1.00